

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Esta obra está basada fundamentalmente en "La vida del Buscón llamado Don Pablos" o "el gran tacaño" de Francisco de Quevedo, pero además se han tomado trozos, ideas y elementos de otras obras suyas como "Los Sueños", "El infierno enmendado", Las Premáticas y varios de sus sonetos, poemas, letrillas y romances para las canciones. He procurado mantener, más que el estilo literario de Quevedo (que de todas maneras se intenta al máximo), el espíritu satírico y violento de toda su obra, que por otro lado no podría darse sin un anacronismo "forzado" en el lenguaje, el cual, a su vez, no podría sustentarse sin un montaje muy inspirado en El Bosco: máscaras, disfraces truculentos extraídos del folclor callejero, y un marcado acento en la distorsión de todos los elementos formales.

S.G.

«DIALOGO DEL REBUSQUE»

DE
SANTIAGO GARCIA

(Basada en "La vida del Buscón" y otros textos de Francisco Quevedo)

Presentado por el Teatro La Candelaria, de Bogotá

Integrantes:

Patricia Ariza - Nora Ayola
César Badillo - Hernando Forero
Francisco Martínez - Fernando Mendoza
Adelaida Nieto - Fernando Peñuela
Inés Prieto - Alvaro Rodríguez
Ignacio Rodríguez - Betty Rolando
Hugo Torres
DIRECCION:
SANTIAGO GARCIA

PABLOS.— (Entra corriendo desde el fondo, para en el proscenio y grita.) ¡Hey! ¡Hey! ¡Hey! ¡A vosotros tacaños, bergantes, perversos y abominables! ¡A vosotros, cabrones y lujuriosos de la penca mayor! ¡Atención! ¡A vosotras, cotorreras, bellaconas, indisciplinadas y alcagüetas! ¡A vosotros y vosotras: atención! ¡A vosotros truhanes, pícaros y buscavidas: Atención! Y

a quienes crean que no son ni lo uno ni lo otro pues para ellos también: Atención! Que todo lo que se va a presentar aquí, sobre este escenario, todo lo que aquí se va a vivir tiene que ver con vuestras vidas, costumbres y memorias! Sí señores pícaros y charlatanes, aquí se va a representar la vida del más ilustre y famoso de los descastados, cófrades de la carcajada y hermanos del regodeo. O sea...

EUT
ARC
12/nov/08
sfmayor06
1083154
mdr
C.1

La vida de
de ejempl
también p
tono). Bie
es Pablos
ruido de
Quevedo).
QUEVEDO.—
te atreves
(Levanta s
PABLOS.— (c
caridad.
público.)
QUEVEDO.—
paralizado
nuevo y c
PABLOS.—
(señala a
Gómez d
dice, mi a
QUEVEDO.—
te! Tú er
pergamino
imaginaci
PABLOS.—
delante d
vedo leva
QUEVEDO.—
de pronto
vento del
PABLOS.—
(Gran es
Aparece un
el mayor.)
DIABLOS.—
Se escapó
PABLOS.—
ligno! (H
tar a los
DIABLO M
a un lad
que en
(A Que
aquí?
PABLOS.—
MAYOR.—
Ya me o
logre co
ahora te
Quevedo
DIABLO 1

DIALOGO DEL REBUSQUE

La vida de este humilde servidor que se pone de ejemplo para vuestra meditación, pero también para vuestro regocijo (*cambia de tono*). Bien, bien, empezamos. Mi nombre es Pablos. Yo señores, vengo de... (*Gran ruido de cadenas y ejes de carros. Aparece Quevedo*).

QUEVEDO.— ¡Ah Maldado! ¡Pesía tal! ¿Cómo te atreves desalmado?

(*Levanta su bastón para castigarlo.*)

PABLOS.— (*Se arrodilla.*) ¡Piedad señor! Por caridad. ¡Conteneos! ¡Mirad! (*Le señala al público.*) Ya llegué.

QUEVEDO.— (*Con el bastón en alto. Como paralizado.*) ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué es este nuevo y oscuro rincón de los infiernos?

PABLOS.— Este es un teatro con su público y (*señala a Quevedo*) este es Don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas. Como quien dice, mi amo.

QUEVEDO.— ¡De dónde amo de quien no existe! Tú eres una invención. Un fantasma de pergamino. Un concepto de mi desventurada imaginación.

PABLOS.— Pero ese concepto, Señor, está aquí delante de vos, aunque poco veáis... (*Quevedo levanta el bastón*) y de toda esa gente.

QUEVEDO.— (*Mira atentamente al público y de pronto estalla.*) ¡Inventada también! Invento del invento del invento.

PABLOS.— Pero está ahí.

(*Gran estrépito como de jauría de perros. Aparece un tropel de diablos perseguidos por el mayor.*)

DIABLOS.— ¡Pata coja! ¡Pata coja! ¡Pata coja! Se escapó Pata coja.

PABLOS.— ¡Vede retro satán! ¡Arredra maligno! (*Hace cruces y conjuros para espantar a los diablos.*)

DIABLO MAYOR.— ¡Ah! ¡desventurado! Deja a un lado Pablos los aspavientos y conjuros que en estos terrenos no valen de nada. (*A Quevedo.*) ¿Qué hace vuestra merced aquí?

PABLOS.— Señor, yo...

MAYOR.— Nada, tú no, qué gran bellaco eres. Ya me ocuparé personalmente de ti, cuando logre controlar el tremendo desorden que ahora tenemos allá abajo. Hable v.m. señor Quevedo.

DIABLO 1.— Que tampoco es de mucho fiar...

QUEVEDO.— Aprovechando la confusión que reina allá abajo, y debido al levantamiento de gran número de diablos capitaneados por uno llamado Numael...

MAYOR.— Al grano, al grano. Esas cosas no tienen interés para las gentes que están aquí. Además, si por algo está condenado v.m. es precisamente por hablar de cosas que no le corresponden.

QUEVEDO.— Digo, que aprovechando ese momento, del que no hablaremos, esta no-existencia se ha escapado hasta estos lugares y tiempos con la intención de contar públicamente su historia. Pero como vos sabéis, Señor, ese no existe, fue inventado por mí, luego su historia también.

DIABLO 2.— ¿Y cómo si no existe está penando?

DIABLO 3.— Ese es uno de los puntos que alegamos, se nos ha triplicado, qué digo, ¡centuplicado el trabajo! Allí está entrando toda clase de gente, hasta los que no existen. Y ahora más...

MAYOR.— ¡Silencio, joven!

DIABLO 3.— ...y ahora más pues llegan por miles de millares! ¡Exigimos planificación!

MAYOR.— (*A los otros dos.*) ¡Sáquenlo!

DIABLO 2.— (*En voz baja.*) Pero señor, tiene razón.

MAYOR.— ¡Sáquenlo!

DIABLO 3.— (*Lo sacan a empellones y sigue protestando.*) ¡Exigimos control! Disminuir en un 80% los ingresos. Establecer categorías. Sólo peces gordos. ¡No tienen por qué inundarnos de pobres y prostitutas! Planificación... Pla...

(*Lo sacan.*)

MAYOR.— Bueno señor Quevedo, vamos al grano. Discutir si este escaramujo existe o no, es cosa banal pues ahí está.

PABLOS.— Lo que yo decía.

QUEVEDO.— Pero no tiene derecho a venir aquí con el propósito de contar una historia de la cual yo me he arrepentido, no ahora sino desde hace 400 años. Desde que estoy bajo vuestros apreciables cuidados.

MAYOR.— ¡Alto ahí! que si estás penando señor Quevedo no es sólo por haber escrito la vida de esta desventura andante, sino por toda una sarta de sueños y disparates, descripciones de nuestro reino de la muerte

eca-
mos
io y
estas
de
he
ndo
ser-
ps...
Tu
alor
ligo
sin
són
Y
le
ter-
era
tío,
sos
car
en
tu
las
eja-
les-
lo
do
re,
nos
aso
les-
óse
lar
ían
ara
la
ne-
de
la
ría
jo:
ios
99

DIALOGO DEL REBUSQUE

y espantosas calumnias de la vida, groserísimas premáticas y hojas volantes o panfletos que con la aparente intención de salvar la gente lo que hicieron fue ayudarla a condenar y por lo tanto darnos más trabajo.

QUEVEDO.— Pero, el fin de mi obra. Los cientos de escritos, poemas y textos en los que arrepentido de lo anterior, llamo a las gentes a la más elevada moral y altísimos valores del espíritu, ¿no cuentan nada?

MAYOR.— Nada. Eso se juzgó, se sopesó, se midió en la balanza y ya se conoce de sobra el resultado: Nada.

PABLOS.— Señor, yo...

MAYOR.— ¿Qué?

PABLOS.— Yo Señor, muy humildemente me permito insinuaros...

QUEVEDO.— ¡No lo dejéis, que ése lo único que puede causarme es aún más ruina!

MAYOR.— Que hable. ¿Qué insinuas?

PABLOS.— Sencillamente, señor, que si cuento mi vida ante este público de hoy en vida, con todas las desgracias e injusticias que se sufrían hace tantos años, quizás, digo yo... habiendo ahora, con gran seguridad, mucho menos desventuras y menos alguaciles canallas y menos jueces corruptos y menos ministros chambones, y menos...

MAYOR.— ¡Al grano!

PABLOS.— ...Digo yo, quizás podría ayudaros a que no vaya tanta gente a aumentaros el problema que sufrís...

MAYOR.— Piensas que...

PABLOS.— ¡Claro Señor! Que toda esa gente al oír y ver mi historia puede ser que se conmueva un poco...

QUEVEDO.— ¡Pero si en mi tiempo de nada sirvió, menos ahora! ¡Pesía tal! Esto para lo único que sirve es para aumentarme la condena! *(Gran ruido al fondo, entra un diablo.)*

DIABLO 4.— Señor, la situación se agrava. A la revuelta de los diablos se han unido los de la 1ª, 4ª, 7ª y 9ª sección. La confusión la aprovechan miles de condenados que se escapan a la vida o a regiones que no conocemos.

MAYOR.— ¿Pero qué carajo es lo que piden?

DIABLO 4.— La mayoría de los diablos pide un infierno enmendado. Numael está soliviantando a los de la 5ª paila.
¿Numael? ¡Traidor infernal!

MAYOR.— Regreso al instante. Bien. Que no se diga más tarde que soy intransigente. Cuenta tu historia ante ese público. Te doy un tiempo prudencial para hacerlo. De todas maneras en este terreno *(señala el escenario)* no se puede permanecer sino un tiempo muy medido, que no es de la vida, que es de ellos, ni de la muerte que es el nuestro. Y tú, Señor Quevedo, ven conmigo.

QUEVEDO.— ¡Pero cómo lo dejamos solo y sin control, ese es capaz de todo!

MAYOR.— *(Al diablo nº. 2.)* Tú, Cirilo, vigílalo. ¡Que no exagere! *(Salen.)*

CANCION

Muchos dicen mal de mí,
y yo digo mal de muchos:
mi decir es más valiente,
por se tantos y ser uno.
Que todos digan verdad,
por imposible lo juzgo;
que yo la diga de todos,
con mi licencia lo dudo.
Por eso no los condeno,
por eso no me disculpo;
no faltará quien nos crea
a los otros y a los unos.
Confieso que mis sucesos
han parecido columpio
rempujones y vaivenes,
poco asiento y mal seguro.
Yo doy que por condición
tenga la propia del humo,
que tizno y hago llorar,
y de la luz salgo oscuro.

Pero no soy conde, ni he sido zurdo,
y, si Dios me socorre, no he de ser culto.

PABLOS.— ¿Empezamos?

CIRILO.— Empecemos.

PABLOS.— *(Con voz muy alta.)* ¡Atención!

CIRILO.— ¡No! Si empiezas así a dónde vamos a parar. Me vas a reventar los tímpanos. El mayor me confió tu custodia, pero sobre todo que no exageraras. ¡Y mira lo que estás haciendo!

PABLOS.— Pero así empiezan todos los espectáculos de categoría. Además, es mi vida, ¿no?

CIRILO.— ¡Así podrán empezar todos los que quieras pero este no! Mira, yo soy un dia-

blo...
Entre
entien
PABLOS
Muy
mejor
CIRILO.
char).
PABLOS.
padre
pueblo
muy b
es ver
madre
buen
juvent
hacían
encimu
(Intern
en una c
dos por u
un fraile
horca.)
PREGON
tona v
de Dic
ción y
perio
namos
afrenta
tables
públic
para q
(De pr
descubre
VERDUG
sobrin
za.) Yo
PABLOS.
mi tío.
RAMPLO
de tu
Cleme
PABLOS.
termin
mos y
gente..
por mi
RAMPLO
eso les
laudes.

DIALOGO DEL REBUSQUE

blo... cómo decirte... de tímpano delicado... Entre nosotros también se dan artistas. ¿Me entiendes?

PABLOS.— Está bien. Empiezo. (*Baja el tono. Muy dulce.*) Atención. (*A Cirilo.*) ¿Así está mejor?

CIRILO.— Mejor (*se sienta a un lado para escuchar*). Sigue así.

PABLOS.— Yo señores, soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente, natural del mismo pueblo... En mis tiempos se decía que era de muy buena cepa y por lo que se refiere a él es verdad, según lo que bebía. Y de mi madre ni hablar. Se dice que era de muy buen parecer y fue tan celebrada que en su juventud casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella. (*Pone una mano encima de la otra.*)

(*Interrumpe una procesión de condenados en una carreta. Van medio desnudos, precedidos por un pregonero y seguidos de un verdugo, un fraile y unos alguaciles. Los llevan a la horca.*)

PREGONERO.— (*Con voz estridente y monótona va cantaleteando el pregón.*) En nombre de Dios Todopoderoso, de la Santa Inquisición y del señor Soberano de todo este Imperio de España, el Rey Felipe IV, condenamos a estos viles delincuentes, que tanta afrenta y horror han causado con sus detestables pecados, a la pena de la horca en sitio público y sobre tablado, a la vista de todos, para que el ejemplo de sus tormentos...

(*De pronto el verdugo se quita la capucha y descubre a Pablos.*)

VERDUGO.— ¡Pero qué veo! ¿No es éste mi sobrino Pablos? (*Se precipita a él y lo abraza.*) Yo soy tu tío, Alonso Ramplón.

PABLOS.— (*Un poco azorado.*) ¡Ah, ¡sí!... mi tío...

RAMPLON.— Vienes por noticias de la suerte de tu padre, mi desventurado hermano Clemente, ¿no?

PABLOS.— Hace poco hablaba de él... pero termina con tus asuntos y más tarde nos vemos y me informas, porque no deseo que esa gente... (*señala a los de la carreta*) espere por mi culpa.

RAMPLON.— No tal. Que si esperan un poco eso les alivia del cantar de mi penca sobre los laudes de sus costillas (*ríe*) por otro lado les

permite enmendarse algo más de sus pecados. Te esperaba, porque en estos últimos tiempos me siento cansado de este oficio y como sé que sabes de latín y retórica estas pintado para reemplazarme en el arte de verdugo. ¿Qué te parece?

PABLOS.— Pues... ¿no es esa la carrera que he soñado para mi futuro...?

RAMPLON.— Ya cambiarás de idea cuando veas lo respetable y provechoso que es servirle al Rey en este oficio. Pero veamos... Pésame de darte nuevas de poco gusto. Tu padre murió hace 8 días con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; lo digo como quien lo colgó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo. Ventale el camisón que parecía haberse hecho sólo para él. Y como tenía aquella presencia nadie que le veía con los cirios delante dudaba que terminaría ahorcado.

PABLOS.— (*Muy avergonzado.*) Más valiera que me contaras esos detalles más tarde tío, que ahora no tengo tiempo...

RAMPLON.— Tú, tranquilo, que a mí y a esos nos sobra el que les faltó a ellos para pecar y a mí para castigarlos. Sigo. Que estos en vez de vergüenza, orgullo te debe dar de tu padre. Iba con gran desenfado, mirando a las ventanas y saludando a todos los que dejaban sus oficios por mirarlo. Mandaba a descansar a los confesores e íbales alabando lo bueno que rezaban y cantaban.

PABLOS.— Señor... que aquí estamos relatando mi historia y no la de mi padre.

RAMPLON.— Nadie es que no sea de su padre, o de su madre, o de sus abuelos. Así estamos hechos. Sigo. Llegó a la ENE de palo, puso un pie en la escalera, no subió a gatas ni despacio y viendo un peldaño, hendido, volvióse a la justicia y dijo que mandasen arreglar aquel escalón para otro, que no todos tenían su hígado. ¿Ves que ejemplo te deja?

PABLOS.— De lo más recomendable, si no para imitarlo en la vida por lo menos en la muerte.

RAMPLON.— Que es lo único seguro que tenemos. Sigo. Sentóse arriba, tiró las arrugas de la ropa atrás, tomó la soga y púsola en la nuez. Y viendo que el confesor le quería predicar, se volvió a él y le dijo: "Padre, yo lo doy por predicado, acabemos

DIALOGO DEL REBUSQUE

- presto que no querré parecer prolijo". Y aquí viene lo mejor. Sobre todo para vosotros. *(se dirige a los condenados)* que tanta verga nos dais. Aprended el ejemplo del padre de mi sobrino.
- PABLOS. Por favor tío...
- RAMPLON. Hízose así. Encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las barbas. Yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gesto.
- PABLOS.— O sea murió como el más estirado.
- RAMPLON.— Quedó con una gravedad que no había más que pedir. Hícele cuartos y dile por sepultura los caminos. Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca a los chulos. Pero entiendo que los salchicheros de esta tierra nos consolarán acomodándolo en los chorizos.
- CIRILO.— ¿Y por qué fue ajusticiado? Por rebelde del Rey, me imagino, siendo hombre de tanto valor.
- PABLOS.— Pues... verá... sí. Así se puede considerar en cierta medida. Sólo que...
- RAMPLON.— Por ladrón señor.
- PABLOS.— Era de oficio barbero. La última vez que lo vi dijo que iba a rapar a uno —así dijo él— no sé si la barba o la bolsa.
- RAMPLON.— Me recomendó darte una suma que te dejó como herencia. *(De pronto uno de los alguaciles del cortejo empieza a dar grandes voces y convulsiones. Se tira al suelo y se retuerce como condenado.)*
- PABLOS.— ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?
- RAMPLON.— *(Corre junto a su alguacil. Pero es rechazado a patadas por el poseso.)* ¡Es mi alguacil!
- CIRILO.— ¡Es un hombre endemoniado!
- ALGUACIL.— *(Habla como con la voz de otro.)* ¡No! Soy un demonio enguacilado. Y no es un hombre sino un alguacil. Los diablos en los alguaciles estamos de mala gana. De suerte que debéis llamarme demonio enguacilado en vez de alguacil endemoniado.
- RAMPLON. *(Toma un cubo de agua de uno de los frailes y trata de echarle agua bendita. El alguacil sale corriendo hasta que lo atajan otros dos hombres de Ramplon.)*
- CIRILO. Mira que no corre porque sea bendita sino porque es agua. Que siendo alguacil le tiene repulsión a ella.
- RAMPLON. Ayúdame Pablillos, que el fraile de compañía se ha desmayado. ¡Di algo en latín, que tú sabes!
- PABLOS. Tal vez aquí mi amigo nos podrá ayudar a desenmoniar al alguacil.
- CIRILO. Más bien a desenguacilar al demonio, según nos ha manifestado el diablo que está ahí dentro.
- ALGUACIL. *(Mira frenético a Cirilo y le tiende las manos.)* Ten lástima de mí, sácame de este alguacil que soy demonio de prendas y calidad y perderé mucho en el infierno por haber estado en tan malas compañías.
- RAMPLON. ¡Insolente y descarado! *(A Cirilo.)* Saque su merced lo más pronto a ese demonio de mi alguacil, para que no siga diciendo semejantes injusticias de los servidores de la justicia!
- CIRILO.— Calma señor que el caso es complicado. Porque, quién puede negar que diablos y alguaciles no tienen el mismo oficio.
- ALGUACIL.— Sólo que nosotros los diablos procuramos que haya vicios y pecados en el mundo, pues es nuestro deber, en cambio ellos lo desean con más ahínco porque lo han menester para su sustento.
- RAMPLON.— ¡Calla desvergonzado! *(Le da con la penca.)* Parad esto señor que no permito que diga tanta bellaquería y tanto mal de la justicia.
- CIRILO.— *(Se acerca al alguacil que empieza a hablar como en alemán y ya más calmado.)*
- PABLOS.— ¿Qué dices?
- CIRILO.— Dice que en el mundo existen muchas clases de ladrones y que cada uno hurta a su manera. El enamorado hurta con los ojos, el discreto con la boca, el poderoso con los brazos, el valiente con las manos, el músico con los dedos, el gitano con las uñas y el médico con la muerte. Pero que estos desgraciados alguaciles son los peores, porque hurtan con todo el cuerpo. Eso dice.
- (Los condenados de la carreta reientan a carcajadas. Ramplón les muele la espalda con la pena.)* *(Cirilo hace unos pases magníficos al alguacil que cae al suelo desmayado. Abre la boca y se oye un ruido de aire muy fuerte.)*
- UN AJUSTICIADO. ¡Miren, se escapó como diablo que lleva el alma!
- (Los corchetes recogen al alguacil y Ramplón reinicia la procesión.)*
- RAMPLON. Vamos que ya hemos perdido

largo tier
y los rez
veremos
herencia.
¡Ah, se
puedo de
sición de
muertos,
tenía en
zas que u
nos que
doncellas
de fe el
nados. Pé
mí princ
del Rey
cos. Dios
ajusticiad

ROM.

Parióme
¡ojalá no
aunque e
alegre na

Dos mar
alumbrab
que, por
no quiso

Nací tard
tuvo de v
en una n
entre cla

Un miérc
tuvieron
sobre qu
que en su

Murieron
Dios en e
porque r
y a engen

Tal vent
me dejan
que pued
según ha

largo tiempo aquí. *(Reinician los cánticos y los rezos.) (A Pablos.)* Esta noche nos veremos en mi casa, ahí te daré lo de tu herencia. Será en todo hasta 400 ducados. ¡Ah, se me olvidaba! De tu madre casi te puedo decir lo mismo, esta presa en la inquisición de Toledo porque desenterraba los muertos, sin ser murmuradora. Dícese que tenía en su casa más piernas, brazos y cabezas que una capilla de San Lázaro. Y lo menos que hacía era sobrevirgos y rencauchar doncellas. Dicen que representará a un auto de fe el día de la Trinidad con 400 condenados. Pésame que nos deshonra a todos y a mí principalmente, que al fin soy ministro del Rey y me están muy mal esos parentescos. Dios te guarde. *(Sale con el cortejo de ajusticiados.)*

CANTO
ROMANCE DE SU NACIMIENTO

Parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!,
aunque estaba cuando me hizo
alegre naturaleza.

Dos maravedís de luna
alumbraban a la tierra;
que, por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.

Nací tarde, porque el sol
tuvo de verme vergüenza
en una noche templada
entre clara y entre yema.

Un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.

Murieron luego mis padres:
Dios en el cielo los tenga,
porque no vuelvan acá,
y a engendrar más hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
me dejaron los planetas,
que puede servir de tinta,
según ha sido de negra.

Porque es tan feliz mi suerte,
que no hay cosa mala o buena,
que aunque la piense de tajo,
al revés no me suceda.

De noche soy parecido
a todos cuantos esperan
para molerlos a palos,
y así, inocente me pegan.

Aguarda hasta que yo pase,
si ha de caerse una teja;
aciértanme las pedradas:
la curas sólo me yerran.

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.

Agua no falta en el mar
y la hallo en las tabernas,
que mis contentos y el vino
son aguados dondequiera.

III

PABLOS.— Bueno y ahora que estamos solos, Cirilo, quiero que me expliques cómo es eso de los alguaciles y de vosotros los diablos, que con lo que acabo de ver me siento desconcertado.

CIRILO.— Mira Pablicos. Los demonios nos contamos en 6 géneros. Lo mismo que los alguaciles malos. Los ígneos, los aéreos, los terrenos, los acuáticos, los subterráneos y los lucífugos, o sea que huyen de la luz.

PABLOS.— ¿Y así los alguaciles?

CIRILO.— Así están distribuidos. Los ígneos son los criminales que a sangre y fuego persiguen a los hombres, los aéreos son los soplonos, los acuáticos son los borrachos y vinosos que son casi todos, terrenos los que a puras expropiaciones se quedan con la

DIALOGO DEL REBUSQUE

tierra, lucífugos los rondadores que huyen de la luz, debiendo la luz huir de ellos, y en fin los subterráneos son los escrudriñadores de vidas y fiscales de hombres que debajo de tierra destruyen la honra y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.

PABLOS.— Aunque lo sospechaba no tenía tanta claridad como ahora tú me la haces, Cirilo. Y aunque llevo 400 años allá abajo no me había dado cuenta y eso por tenernos en compartimentos tan estancos.

CIRILO.— Pues precisamente por eso estamos ahora casi todos los diablos en huelga. (*Señala a un lado.*) Sigamos ahora por ese camino que conduce a la ciudad.

PABLOS.— Mira, allá viene un hombre y por las voces que da más parece alma en pena que ser de esta vida.

(*Entra un hombre hablando solo.*)

PABLOS.— ¡Eh! Señor, a dónde vais con tanta prisa!

HOMBRE.— ¿Pues qué? ¿No sabéis acaso los tremendos desastres que azotan el reino? ¿Desconocéis por ventura los pavorosos sucesos que por doquiera derrumban nuestro Imperio?

PABLOS.— Bueno, sabemos lo de las guerras y lo del hambre y lo de los muchos muertos, y lo de los desterrados, encarcelados y desaparecidos... pero son males que llevan tanto tiempo, que de nuevo no tienen sino la aparición de otro impuesto para agobiar más a los pobres.

HOMBRE.— Veo por lo que decís que sois espíritus pegados a la bajeza de los más bajos y no como yo que me preocupo de los grandes problemas del siglo.

PABLOS.— ¿De dónde venís señor, de la Corte?

HOMBRE.— De ella vengo. ¡Más son unos bellacos y traidores! Se valieron de todas las argucias y trampas para impedirme ver al Rey. Hace 14 años que le vengo buscando para salvarle el Imperio. ¡Vive Dios!

PABLOS.— ¿Y qué cosa hay que conviniendo tanto sea imposible de comunicar al Rey?

HOMBRE.— ¿Que qué cosa puede ser? Tengo la solución para todo aquí en estos planos y escritos. Por lo que veo señor parecéis docto y así podré explicaros cómo y por qué se puede salvar el Imperio. Sabéis bien cómo

nuestras tropas parecen en Flandes y en Italia, la guerra con los Turcos nos ha costado más que las mismas bendiciones papales, Argelia, etc. y etc. Bien mire: (*Despliega un gran mapa*) éste es tan sólo mi trabajo para salvar a Ostende. Bien ve vuesamerced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas y sacarle de allí.

PABLOS Y CIRILO.— (*Sueltan una gran risotada.*)

HOMBRE.— A nadie se lo he dicho yo que no haya hecho otro tanto, que a todos les da gran contento.

PABLOS.— Y ese siento yo de oír cosa tan nueva; pero advierta vuestra merced que una vez chupe el agua tornará luego la mar a echar más.

HOMBRE.— No hará tal la mar, que eso también ya lo tengo muy pensado y consiste en una invención que tengo aquí para hundirla por aquella parte doce estados.

PABLOS.— ¿Quién hubiera imaginado semejante invención!

HOMBRE.— ¡Ah no! y de las demás quisiera hablaros, si no fuera por la prisa que llevo para llegar a Toledo. Que propongo subir toda el agua a unas represas tal como aquí lo explico y detallo... Pero no pienso poner en ejecución el plan si antes el Rey no me da una encomienda para las Indias. (*Sale vociferando tal como entró.*)

CIRILO.— Condenados como éste sólo sirven para anticiparle las penas del otro lado a los que tienen que soportarlos.

PABLOS.— Bien. Retomemos mi historia.

CIRILO.— ¿En qué estábamos? En tus padres...

PABLOS.— Creo que ya no vale la pena hablar de ellos...

CIRILO.— Pero entonces... ¿Cómo diablos fue tu infancia?

PABLOS.— Bien. (*Al público.*) Debo confesar que hubo grandes diferencias entre mis padres, sobre a quién debería imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni a uno ni a otro. Decíame mi padre:

(*Aparece Clemente, el padre, y habla solemnemente.*)

CLEMENTE.— Hijo: eso de ser ladrón no es

DIALOGO DEL REBUSQUE

arte mecánica sino liberal. Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan —aunque no sea el día de nuestro santo— y no lo puedo decir sin lágrimas en los ojos, que lo hacen sólo porque no querían que adonde están haya otros ladrones sino ellos y sus ministros.

CIRILO.— Que de ellos y vosotros tenemos atestados los infiernos.

CLEMENTE.— Más de ellos que de nosotros. Lo juro. Y si he vivido así quiero que tú, mi hijo, me sigas en el oficio, que con él te he sustentado a ti y a tu madre lo más honradamente que he podido.

ALDONZA.— *(Lo interrumpe dando voces y con gran colera.)* ¡Cómo a mí sustentado, pesia tal! ¡Yo te he sustentado a ti, y sacado de la cárcel con mi industria, o mantenido en ella con mi dinero! ¡Desdichado! ¡Nulidad! ¡El hijo ha de aplicarse como yo a brujo! ¡Ya está decidido!

CLEMENTE.— ¡Cómo así vieja desalmada! ¡Alcagüeta! Ha de ser honrado como su padre. ¡Ladrón ha de ser de oficio!

ALDONZA.— Brujo. ¡Esto lo decido yo! ¡Braguetante desolado! ¡Calzonazos! ¡Tagarote! *(Levanta un garrote para darle a su marido.)*

PABLOS.— ¡Alto! Paz, señores padres. Si el pleito es por mi culpa, os pido que me escuchéis.

CLEMENTE.— Que hable el muchacho que su parecer también debe contar en su futuro.

ALDONZA.— *(De mala gana.)* Está bien. Que hable.

PABLOS.— Doy gracias a Dios que me ha dado padres tan hábiles y celosos de mi bien. Pero si no os podéis poner de acuerdo sobre el oficio que debo seguir, os digo que yo deseo antes que todo aprender a leer y escribir, pues sin lo uno ni lo otro se puede hacer nada en el mundo.

ALDONZA.— Tiene razón el niño.

CLEMENTE.— Aunque no estoy muy de acuerdo, acepto. Que vaya a la escuela. *(Los padres salen.)*

PABLOS.— *(Al público.)* Y así, fui a la escuela. Y aunque más fue lo que padecí en hambres y en castigos que lo que aprendí en leer... para mí fue suficiente, pues para mi intento

de ser caballero lo que se requería era escribir mal. Luego fuime de casa de mis padres y metime de criado de un tal Don Diego Coronel, hijo de un caballero de importancia y acompañéle a Alcalá a terminar de estudiar gramática, pero tales fueron las palizas, desgracias y castigos que sufrí, no por él, sino por andar en su compañía, que a los dos años resolví liberarme y andar por cuenta propia. Que por muy mal que me fuera, vagando y buscando la vida por los caminos, no me iba a ir peor que con mi amo.

(En otro extremo del escenario aparece un hombre haciendo figuras extrañísimas con el cuerpo, saltos y pasos extrafalarios.)

PABLOS.— Acerquémonos a él, Cirilo, que parece encantador o algo por el estilo. *(El hombre da un tremendo salto y cae aparatosamente al suelo, Pablos lo ayuda a levantar.)*

HOMBRE.— No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia.

PABLOS.— *(A Cirilo.)* Este debe estar peor que el anterior.

(Al hombre.) No os entiendo señor.

HOMBRE.— ¿Y vosotros vais a Madrid?

PABLOS.— Sí señor.

HOMBRE.— ¿Por línea recta o por el camino circunflejo?

PABLOS.— Pues... por el circunflejo.

HOMBRE.— Más os valiera trazar las coordenadas absidiales y así estar más seguros del itinerario. ¿Y esa espada que lleváis, cuya es?

PABLOS.— ¿Cuya? Mía.

HOMBRE.— Esos gavilanes deberían ser más largos para reparar los tajos de los vectores de fuerza de las estocadas que vengan centrífugas.

PABLOS.— Disculpe vuestra merced, ¿qué materia profesa o qué oficio?

HOMBRE.— ¡Soy diestro esgrimista y de ello puedo dar cuenta a cualquiera en cualquier parte y a cualquier hora!

PABLOS.— No lo dudo señor, pero por lo que vi endenantes más parecía v.m. brujo o encantador, digo, viendo los círculos.

ESGRIMISTA.— Eso era que practicaba una treta por el cuarto círculo con el compás mayor... *(va repitiendo todos los complicadísimos movimientos que antes, hasta que vuelve a caer al suelo)* ...cautivando la

DIALOGO DEL REBUSQUE

espada por el cateto menor para matar sin confesión al contrario de modo que no sepa quién lo hizo dada la sagita y la proporción entre la cuerda y el radio... (Cae.) Y estaba poniéndola en términos de matemática.

PABLOS.— ¿Es posible que haya matemática en eso?

ESGRIMISTA.— No sólo matemática, más teología, filosofía, música y medicina.

PABLOS.— Esa última no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte, ¿no?

ESGRIMISTA.— No os burléis que llegarán tiempos en los que los hombres entrenarán cada día con los ejercicios expuestos en mi método, que aquí ya está escrito y editado. (Le entrega un libro a Pablos.)

PABLOS.— O sea que éste es un libro que enseña a hacer pestes a los hombres.

ESGRIMISTA.— No dudarle. Que el que a él aplique matará a todos los que quisiere. Esto es lo bueno y no las borracheras que enseñan esos bellacos maestros de esgrima que no saben sino beber. (A éstas se ha acercado por el fondo un jayanazo con gran espada y sombrero.)

JAYANAZO.— ¡Yo soy maestro de esgrima y traigo la cédula y por el sol que calienta los panes que haré pedazos a quien trate mal a tanto buen hijo como profesa la destreza de la espada!

PABLOS.— Calma señor, que el matemático no se refiere a vos, y no tiene por qué picarse.

JAYANAZO.— ¡Saque la blanca si la trae y probemos cuál tiene verdadera destreza y déjese de pendejadas!

ESGRIMISTA.— ¡Este libro lo dice y está impreso con licencia del Rey y yo sustento que es verdad lo que dice con la blanca o sin la blanca y si no midámoslo! (Le quita la espada a Pablos y comienza.) Este es ángulo obtuso y esta sagita del recto a través de este que es agudo.

JAYANAZO.— Yo no sé lo que es obtuso, ni sagita, ni agudo, pero sí lo que es recto y con ésta en la mano se lo haré pedazos. (Saca y en dos estocadas pone a correr al pobre esgrimista que grita como desalmado.)

ESGRIMISTA.— No me puede dar, que le he ganado dos grados y ahora me le salí por la tangente!

(Pablos y Cirilo tratan de detener al Jayanazo. Aparece un ermitaño viejo de larga barba y sotana raída. Levanta un Cristo que lleva en el cinto.)

ERMITAÑO.— ¡En nombre de Dios todopoderoso, parad la contienda! (Los esgrimistas se detienen.) ¡Que no es justo que los hijos de Dios se despedacen como chorizos frisones!

PABLOS.— Deo Gracias.

CIRILO.— (Al público.) Aquí tengo que apartarme un poco que no me huele a buena compañía. (Se hace a un lado.)

JAYANAZO.— Si no fuera por respeto al Padre ya te había mandado al infierno. ¡Voto a Cristo!

ERMITAÑO.— No jures tanto hijo mío y menos en mi presencia. Guardad los aceros. En vez de usar el tiempo en reyertas que sólo ofenden la naturaleza y al Altísimo entretenámonos un rato, que la ociosidad es madre de todos los vicios; juguemos avemarías.

(Saca de la manga un naipe y lo pone en el suelo.) Aquí está el descuadernado. (Se sienta y llama a los otros a jugar.) (El Jayanazo saca un bote de vino y da a beber a la compañía.)

PABLOS.— ¿A qué vamos?

JAYAN.— Al parar.

ERMITAÑO.— Os confieso hijos, que yo no sé el juego pero colaboro sólo por retiraros del vicio de la pendencia. Aquí pongo el aceite de la lámpara que vale como doscientos reales.

ESGRIMISTA.— Yo pongo lo que traigo, cien reales.

JAYAN.— Yo otros tantos.

PABLOS.— Y yo.

ERMITAÑO.— (A Cirilo.) Y vucé señor, ¿no juega?

CIRILO.— No. Pertenezco a una orden que nos prohíbe el juego y la pendencia... física. Sólo nuestro Jefe Mayor puede hacerlo, pero la última vez que lo hizo le fue tan mal que resolvió a sí mismo prohibírselo.

ERMITAÑO.— ¿Y qué secta u orden es ésta? No había oído hablar de ella en mi vida.

CIRILO.— Ya sabrás de ella señor, y muy presto.

ERMITAÑO.— Extraño. Bien, enseñadme cómo es el juego que estoy dispuesto. (Empiezan a jugar. Pablos se para y habla en público.)

DIALOGO DEL REBUSQUE

PABLOS.— Y así jugamos por más de dos horas. Al principio nos dejó el bienaventurado ganar dos manos y luego nos la dio tal, que no dejó blanca en la mesa. Nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos a la muñeca; perdía una sencilla y aceptaba doce maliciosas. Yo me comía las uñas y el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. Acabó de pelarnos, quisímosle jugar nuestras prendas y él tras habernos ganado 600 reales, que era todo lo que llevábamos, dijo que aquello era entretenimiento. Nos dio tantas bendiciones como maldiciones le echamos por el despojo y se partió. El soldado y el matemático tomaron a pelearse por lo del libro y salieron uno persiguiendo al otro para matarse.

(El monólogo anterior se representa al fondo en pantomima por los tres actores. Al final salen y quedan Pablos y Cirilo solos en la escena.)

CIRILO.— ¿Pero qué? ¿No viste las señas que te hacía para que no te metieras con el fraile? Desde que lo vi descubrí el parentesco que tenía con los miles de tramposos que tenemos allá abajo.

PABLOS.— ¡Qué va! Yo para lo único que tenía ojos era para su botija de aceite y los 400 reales de los otros dos. ¡Pesía tal! Quedé en cueros. Ese desventurado me robó toda la herencia que me entregó mi tío. ¡Desgraciado de mí!

CIRILO.— ¿Todo, Pablos? ¡No exagerar!

PABLOS.— Bueno... No todo... Pero casi *(revisa su bolsa)*. ¡Ah! ¡caí en manos de ladrones!

CIRILO.— No te lamentes Pablos. Desde que naciste caíste en ellas, pues caíste en las manos del tiempo, que es el mayor ladrón de todos y el que a todos los ladrones hurta lo que hurtaron.

(Un hombre los llama desde lejos. Viene aparentemente muy bien vestido, pero con los calzones en la mano.)

HOMBRE.— ¡Eh! ¡Caballeros! ¡Permitidme!

PABLOS.— *(A Cirilo.)* Parece un Hidalgo a quien alguien persigue.

CIRILO.— Cata de no meterte Pablos en otro enredo. *(El Hidalgo llega junto a ellos.)*

HOMBRE.— Salud señores. Mi nombre es Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Am-

puero y Jordán, voy para la corte y necesito que me hagáis un pequeño favor.

PABLOS.— Si en nuestras humildes posibilidades está, dadlo por hecho.

D. TORIBIO.— Es cosa bien pequeña pero que me causa tremenda vergüenza. He roto dos agujetas de las calzas y como veis vengo con ellas en las manos y confieso no poder seguir adelante así, si vosotros no me las socorréis en préstamo.

PABLOS.— *(Riendo.)* ¡Yo pensé que habíais sido víctima de bandidos o atracadores o que habíais perdido vuestros criados y vuestro coche... pero que un caballero como vos venga con las cachondas en las manos pidiendo socorro por dos agujetas, nunca imaginé!

D. TORIBIO.— Si hace vuestrá merced burla echa atrás, porque no entiendo eso de los criados.

PABLOS.— ¡Alto ahí! Que soy licenciado y no criado, señor.

CIRILO.— No os enfadéis. Sucede que el trance es tan extraordinario que es de él y no de vos que mi amigo se ríe.

D. TORIBIO.— No es oro todo lo que reluce; y si os sorprendéis de ver un caballero en semejante necesidad ya tendréis para rato cuando llegéis a la corte. Que si como sustento de nobleza ella me sustentara, no hubiera más que pedir. Pero ¿qué hacer señor licenciado? Sin pan y sin carne no se sustenta buena sangre, que todos la tienen colorada y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada.

PABLOS.— ¿Así de apremiante esta la situación para vosotros los hidalgos en la corte?

D. TORIBIO.— Para casi todos. Pero nadie lo declara; por el contrario, quien sobrevive es el que mejor disimula sus cuitas; ese es el arte de nuestras vidas. Pero señores, por favor, ayudadme con las agujetas.

PABLOS.— Aquí sólo me sobra una, tanvés mi amito tenga otra, que con dos por lo menos de aquí a la Corte os aguantan las bragas.

CIRILO.— Sabéis que acostumbro llevarlas sustentadas de otra manera.

D. TORIBIO.— ¿Sois extranjero?

CIRILO.— Podría decirse.

PABLOS.— Bien señor, aquí tengo otra, no que me sobra, pero puedo reemplazarlas hasta Madrid.

DIALOGO DEL REBUSQUE

- D. TORIBIO.— Allí os prometo devolverla.
- PABLOS.— Volteaos para atacar primero la de atrás.
(Don Toribio se voltea se sube la capa y se le ve la nalga pelada.)
- PABLOS.— *(Suelta gran risotada.)* ¡Señor, qué espanto! ¡Aquí veo que andáis con el culo al aire!
- D. TORIBIO.— Más cuidado, joven; no lo ves, es él que te ve.
(Empieza a acomodarle las calzas mientras D. Toribio echa su "arenga de ojo del culo".)
- D. TORIBIO.— ¡Y atención señores! No hacer mofa de él, pues a pesar de que muchos le llaman el ciego o tuerto y que es a menudo motivo de burlas, como ahora lo hacéis vosotros, se le debe más respeto y veneración que a los demás miembros del cuerpo, pues bien mirado es el más perfecto y bien colocado de él. Mirad: su sitio es en el medio, como el del sol, y a pesar de no tener sino un ojo, como los cícoples, su mucha gravedad y autoridad no consiente niña. Y fijaos bien que al compararlo con los ojos de la cara se ve que es más necesario, porque uno sin ojos puede vivir, pero sin ojo del culo... ni un día podría resistir... Sábase que hay muchos filósofos anacoretas y hasta reyes como Edipo, que para vivir en castidad se sacaron los ojos de la cara, que se dice que son las ventanas del alma, y por su culpa hay enamorados, incestos, estupro, muertes, adulterios, iras y robos. Pero, ¿cuándo por el pacífico ojo del culo hubo escándalo en el mundo, inquietud, ni guerra? Lo otro, su vecindad, es sin comparación mejor, pues nada siempre en hombres y mujeres vecino de los miembros genitales y así se prueba su bondad según el refrán: "Dime con quien andas y te diré quien eres". Lo que dicen del culo —los que le tienen ojeriza— es que pee y caga, cosa que no hacen los de la cara, pero se ha de advertir que el pedo antes hace al trasero digno de laudatoria que indigno de ella. Pues es cosa alegre, ya que donde quiera que se suelta anda la risa y la chacota. Llega a tanto el valor de un pedo que es prueba de amor, pues hasta que dos se han peído en la cama no tengo por acertado el amancebamiento.
- CIRILO.— Cuántas cosas debemos aprender los ignorantes; que las cosas no valen por los conceptos que tenemos de ellas sino por lo que son.
- D. TORIBIO.— Dices bien muchacho. Pero de dónde vienes que tienes la cutis tan quemada.
- CIRILO.— De lejos señor, de donde el Imperio tiene la mayoría de sus súbditos.
- D. TORIBIO.— ¿De las Indias entonces?
- CIRILO.— Más lejos.
- D. TORIBIO.— Más lejos de las Indias, lo único que queda son los mismísimos infiernos.
- CIRILO.— Tú lo has dicho, pero según el camino que toméis bien podría ser muy cerca.
- D. TORIBIO.— Enigmático estás.
- PABLOS.— ¿Decíais Don Toribio que vais a la Corte?
- D. TORIBIO.— Allí voy, pues aquí donde me veis un hidalgo hecho y derecho de casa de solar montañés, nada tiene que hacer en un pueblo pequeño; a los dos días huele mal. Voy a la patria común, a donde todos cabemos y hay mesas francas para estómagos aventureros. ¡A la Corte!
- PABLOS.— ¿Podríamos ir con vos Don Toribio?
- D. TORIBIO.— Mucho me alegraría.
- PABLOS.— Hemos quedado sin blanca porque un miserable ermitaño hace poco nos peló toda la hacienda, de manera de que no tenemos ni para un mendrugo de pan.
- D. TORIBIO.— De mi parte es poco lo que puedo ofreceros, pero sí mucho la corte. Venid conmigo. Vamos, que cuando entro en ella, nunca me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado *(todos rien)*, porque la industria de la corte es piedra filosofal, que vuelve oro cuanto toca.
(Aparece la corte de Madrid, caballeros y damas se pasean y saludan con extremada reverencia.)
- CANCION
- Son los vizcondes unos condes bizcos,
que no se sabe hacia qué parte conden;
a mercedes humanas no responden
y a las damas regalan con pellizcos

DIALOGO DEL REBUSQUE

Todas sus rentas son pizeas, y pizeos sus estados, y nisperos que monden: es conde cada cual de los que esconden

Los mendrugos, que comen a repizeos. Andan en titulillos, cosa fea; y aun del rey mismo a no admitir se aunan lo de "o como la nuestra merced sea."

Sus despensas traspasos son que ayunan; mas no, aunque su hambre hasta morir pelea, de la merced de Dios se desayunan.

V

(Terminada la canción Pablos, Don Toribio y Cirilo golpean en una puerta. Sale una vieja encorvada pero diligente.)

D. TORIBIO.— ¡Ah, de la casa!

VIEJA.— ¡No tanta prisa señores que no somos sordos: van, van! *(Abre.)*

D. TORIBIO.— Madre Labruscas. ¿Todavía viva?

LABRUSCAS.— Don Toribio, Dios lo guarde, ¿y los señores?

D. TORIBIO.— Son mis invitados y nuevos miembros de la cofradía del estafón. Seguid señores, seguid.

(Entran a una gran estancia donde hay 6 ó 7 caballeros todos ocupados en hacer remiendos y reconfccionarse vestidos.)

D. TORIBIO.— Señores: Os presento dos nuevos miembros de nuestra Orden de la Chirlería. El Licenciado Don Pablos y su amigo Cirilo.

(Los caballeros hacen grandes reverencias.)

PABLOS. Señores: bien a gusto me encuentro entre vosotros, donde aprenderé grandes cosas de ingenio y doy gracias a Dios viendo cuánta industria dio a los hombres ya que les quitó riquezas *(todos aplauden.)*

TODOS. ¡Bravo!

D. TORIBIO. Consideraos pues como hermano nuestro en esta profesión llamada de la vida barata.

PABLOS. Ahora permítame vuesa merced que le diga... que delante de los señores de la corte, que he visto entrando a la ciudad, y aún delante de vosotros mismos, me siento un poco confundido. Digo, no es que sienta

vergüenza de mis vestidos que no están tan viejos ni tan raídos... pero... los vuestros están más a tono con los tiempos y han de ser muy costosos, y yo...

D. TORIBIO. Señor Licenciado no es oro todo lo que reluce. Debióle parecer a vuesa merced viéndome el cuello abierto y la presencia, que yo era un conde de Irlos. Pero cate ahí. Que no hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra y no tenga historia. Verbi gracia: bien ve v.m. esta capilla, pues primero fue pantalones, nieta de una capa y biznieta de un capuz que fue en sus orígenes y ahora espera salir para plantillas de botas y otras cosas. Los escarpines, primero fueron pañuelos habiendo sido toallas y antes camisas, hijas de sábanas; después las aprovechamos para papel y en él escribimos y después hacemos de él polvos para resucitar zapatos que de echados a perder los he visto revivir con semejantes medicamentos.

PABLOS.— Debo confesaros que sólo poseo *(busca muy adentro de sus bolsillos.)* Cincuenta reales que logré salvar de un bellaco y que con ellos pienso comprar un vestido que me permita andar por la corte y esta sotana que llevo la cedo a la compañía.

TODOS.— ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Qué locura! ¡Jamás! ¡Eso no! ¡Cómo se trata así el dinero! *(Avanza el más viejo y le habla.)*

D. IÑIGO.— El dinero se dé al depósito y vistámole de lo reservado. ¡Caballeros, manos a la obra!

PANTOMIMA DE LA CONFECION DEL TRAJE

Suena la música y empieza la pantomima. Le quitan capa y sotana, jupon, medias y botas. Y con gran rapidez y destreza le van cortando, cosiendo, arreglando, nuevas prendas, de manera que al final aparece don Pablos vestido a la moda con sombrero de anchas alas con plumón, cuello abierto y almidonado, capa a las corvas, calzas atacadas y botas altas. Todo ha sido hecho de tal manera que de la apariencia de una magnífica indumentaria. Termina la pantomima y entra un caballero que violentamente arremete contra otro que tiene la apariencia de soldado cojo.)

DIALOGO DEL REBUSQUE

- CABALLERO.— La mitad me debes bellaco o por lo menos mucha parte, y si no me la das, a Dios...
- SOLDADO.— No jure a Dios que aquí en casa no soy cojo y le daré con esta muleta mil palos.
(Arremeten uno contra el otro y se desgarran todas las vestiduras a los primeros empellones quedando casi desnudos.)
- D. TORIBIO.— ¡Calma señores! ¡Parad la pendencia! ¿Qué pasa?
- SOLDADO.— ¿A mi chanzas? ¡Bribón y desvergonzado! ¡Ni un pañuelo te doy, que todos me corresponden!
- ÍÑIGO.— Calma: Don Merlo *(al soldado)*. Explícanos lo que pasa.
- MERLO.— Han de saber v. mercedes que estando en Plaza de San Salvador se acercó un niño a este tarado y le dijo que si yo era el Alférez Juan de Lorenzana; él, dijo que sí, viendo que traía en las manos algo de posible valor.
- CABALLERO.— En ese momento no los vi, pero eran los pañuelos de los cuales me corresponden por justicia la mitad.
- ÍÑIGO.— ¡Calla! Continúa, Merlo.
- MERLO.— Se acercó a mí y díjome: “Señor Alférez, mire que le necesita este niño”. Yo, que inmediatamente entendí, dije que yo era. Recibí el recado y con él doce pañuelos y ahora este bujarrón pretende que le dé la mitad. Antes lo haré pedazos que tal. Todos los pañuelos han de romper mis narices.
- CABALLERO.— Justicia, señores, habéis oído, me corresponde la mitad.
- MERLO.— ¿La mitad? ¡Primero te rompo las de tus narices! *(Se lanza con la muleta contra el caballero.)*
- CABALLERO.— ¡Maladado! *(Toma un palo o escoba y se defiende.)*
- MERLO.— ¡Pesia tal!
- CABALLERO.— ¡Bellaco!
- MERLO.— ¡Maricón!
- CABALLERO.— ¡Puto!
- MERLO.— ¡Chilindrón! ¡Tagarote!
- CABALLERO.— ¡Ganapán!
- (El resto de los caballeros los detienen.)*
- ÍÑIGO.— ¡Alto el destrozo! Sabéis que tales pendencias están prohibidas en nuestra cofradía, que con estas batallas se echa a perder lo muy poco que tenemos.
- (La labruscas recoge todos los restos de vestidos y muebles rotos que ha dejado la pelea.)*
- CABALLERO.— Pues pido que se haga justicia.
- ÍÑIGO.— Justicia se hará. *(Sube sobre una especie de trono que se tiene para el efecto.)*
- OTRO CABALLERO.— *(Se coloca en un escritorio saca un libro y apunta.)* 333. Reyerta con agresión de palabra y de obra entre Don Merlo Zúñiga y Don Lorenzo del Pedrozo. Causa presente: Una docena de pañuelos.
- ÍÑIGO.— Conocidos los antecedentes etc. etc. etc., dictamino: los pañuelos son de Don Merlo.
- CABALLERO.— ¡Voto a Sanes! ¿Y por qué?
- OTRO CABALLERO.— No hay respuesta.
- ÍÑIGO.— Sólo que no se le permite sonarse con ellos. Debe entregarlos a la Labruscas para honrar a la comunidad haciendo de ellos unos cuellos y remates de mangas que representen bien las camisas. Que el sonarse está vedado en la orden, si no es en el aire o las más de las veces sorbiendo, cosa ésta de sustancia y ahorro. Justicia está hecha, no se hable más de ello y cada uno a su trabajo.
- (Don Merlo entrega los pañuelos a la vieja y el caballero se va refunfuñando furioso.)*
- D. TORIBIO.— Vos Don Pablos ya estáis listo. Sólo que el cuello como no existe por detrás debe siempre mostrarse por delante. Así si le mirase alguien debe ir volviéndose con él como la flor del sol con el sol. Y para los de atrás traiga siempre el sombrero caído de suerte que él cubra el cuello y descubra toda la frente, y al que le pregunte porque anda así, responda que porque puede andar con la cara descubierta por todo el mundo.
- (La vieja trae una cajita.)*
- LABRUSCAS.— Ahí va hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo y otros retacillos y un cuchillo.
- ÍÑIGO.— Con esta caja puede ir v.m. por todo el mundo, sin haber menester ni amigos ni deudos, en ella se encierra todo nuestro remedio. Tómela y guárdela.
- OTRO C.— *(Mirando en unos libros.)* Le corresponde por diócesis para que ejerza sus funciones la de San Luis.
- ÍÑIGO.— Por ser nuevo lleva como padrino por dos días al mismo que le trajo y convirtió: Don Rodrigo Gómez de Ampuero.

DIALOGO DEL REBUSQUE

CIRILO.— *(Lleva aparte a Pablos.)* Pablillos, me parece que en este punto hay más que exageración. He estado varias veces tentado por cortar la escena, como me recomendó el Mayor.

PABLOS.— ¿Cómo? ¿Por qué?

CIRILO.— ¿Cómo puede ser posible que haya tanta miseria en estos caballeros? ¿No es acaso España el imperio más rico del mundo? ¿Dónde está todo el oro que sacan de las Indias? ¿No es acaso para ellos?

PABLOS.— ¿Exageración? ¡Pero si su mercé mismo lo está viendo! ¡Es verdad que España es un Imperio, pero se esfonda por todos lados como odre podrido!

CIRILO.— ¿Y el oro de las Indias?

PABLOS.— Va a muy pocos sacos y no precisamente a los de estos caballeros, que aunque son nobles son muchos, y por lo tanto forman parte de los más desventurados y aún peor que ellos.

CIRILO.— De todas maneras me parece que exageran. ¡Además están usando un lenguaje muy desagradable, exagerado! Esto no es arte sino grosería y vulgaridad. ¡No lo soporto más!

PABLOS.— Pero en la época en que sucede esta historia era así. Se nombraba a las cosas de la naturaleza, y por ellos a las del cuerpo, con sus propios nombres. En últimas, Cirilo, toda la responsabilidad recae sobre el señor Quevedo.

CIRILO.— ¡Pero el que paga las consecuencias soy yo! ¡Y no tú o el Señor Quevedo! De manera que si vuelvo a ver otra cosa que se salga de madre, paro.

CANCION

Ya sueltan Juanilla, presos
las cárceles y las nalgas;
ya están compuesto de puntos
el canto llano y las calzas.

Los necios y las cortinas
se corren en nuestra España;
el doblón y los traidores
son los que tienen dos caras.

Las putas y los caballos
son los que más cabalgan;
los diablos y los deseos
son los que a todos engañan.

Desdichas y maldiciones
solamente agora alcanzan;
los ricos y los que mueren
son los que en el mundo mandan.

Corren monedas y ríos;
músicos y pótras cantan;
y ya los que quieren sólo,
y no los que deben, pagan.

El codo y la lezna son
agudos, que es cosa brava;
y las llaves y los reyes
tienen el continuo guardas.

VI

(Pablos, Cirilo y Don Toribio salen a la calle. Vendedores ambulantes, señoras, señoronas, hijas del pecado, caballeros y ladrones.)

(Se acercan a un puesto donde una picarona les da dos tragos de aguardiente. Don Toribio hace guiños y señales de amor a la mujer de la venta.)

(Esta a cambio les da dos tragos.)

DON TORIBIO.— Con esto ya queda el hombre descuidado de comer hoy; *(se toma el trago)* que por lo menos esto no puede faltar.

PABLOS.— ¿Cómo señor? ¿Sólo esto? ¡Llevo dos días de ayuno forzado!

DON TORIBIO.— Poca fe tienes en la religión y orden de los caninos. No falta el señor a los cuervos, ni a los grajos, no aún a los escribanos ¿y había de faltar a nosotros los traspiellados? Poco estómgo tienes.

DON PABLOS.— Es verdad. Pero temo mucho tener menos y nada en él.

DON TORIBIO.— ¡Cuerpo de Dios con vos! Dan apenas las doce ¿y tanta prisa?

PABLOS.— Si v.m. no la siente no es de admirar, que criado con hambre desde niño sustenta ya con ella, en cambio para mí es duro noviciado. No le veo hacer diligencia para mascar y así yo determino hacer la que pudiere por mi cuenta.

DON TORIBIO.— ¡No, sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales? No se ha escrito que jamás caballero nuestro haya tenido diarrea. *(De pronto se ve un hombre que*

DIALOGO DEL REBUSQUE

viene desde lejos hacia ellos.) Cata, Pablillos, que ahí viene alguien que por una deuda quiere sacar los ojos *(rápidamente se suelta el pelo, se pone un parche en el ojo y se pone a hablar italiano con Pablos.)*

(El hombre se queda mirándolo le da vueltas alrededor y se hace cruces.)

HOMBRE.— ¡Jesús! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido...

(Sale murmurando y mirando a Don Toribio.)

DON TORIBIO.— *(Una vez salido el hombre.)*

Estos son los aderezos de negar deudas. Aprended hermano que veréis mil cosas de éstas en la ciudad *(se quita el parche y se arregla el pelo.)* Ya os he dicho que a nadie falta Dios. Bien, si tanta prisa tenéis en comer yo voy a la sopa de San Jerónimo y ahí haré el buche. Si vos queréis seguirme venid, y si no cada uno a sus aventuras.

PABLOS.— Adiós. Prefiero buscar algo más sólido. Cada uno eche por su calle. *(Se despiden, Pablos se aparta con Cirilo.)*

PABLOS.— Vamos Cirilo a buscar algo para prolongar la vida. Las tripas me cantan y si no les proveo rápidamente compañía se me va a romper el tímpano del intestino. *(Saca una cajita llena de migas de pan y se las rocía por los bigotes y el vestido.)*

CIRILO.— ¿Qué haces Pablillo?

PABLOS.— Esto es miga de pan; me la derramo por el bigote y el vestido de suerte que parezca de haber comido.

CIRILO.— Aprendes rápido, hijo, en este difícil arte de la estafa.

PABLOS.— Adonde fueres haz lo que vieres, dice el refrán, y dice bien.

(Aparece un hombre mira a Pablos y se precipita hacia él con grandes gestos y contento.)

FLECHILLA.— ¿No este Pablos? ¡Pablos el de Segovia!

PABLOS.— ¡Flechilla! mi amigo de Alcalá.

FLECHILLA.— Ahora, el Licenciado Flechilla.

PABLOS.— ¡Ah! Qué de cosas tengo que contarle señor Licenciado, sólo me pesa que tengo que irme esta noche y no tendré tiempo.

FLECHILLA.— A mí más. Y si no fuera por la prisa que tengo que voy a comer a casa de una hermana mía casada, me detuviera más y le invitara a v.m. a bebernos un vino.

PABLOS.— Que está aquí mi señora... *(Como recordando el hombre.)*

FLECHILLA.— Ana, mi hermana y su marido.

PABLOS.— ¡Eso, Ana!, ¿cómo es posible? Aunque lo deje todo vamos que siento gran obligación de saludarla.

FLECHILLA.— *(Le mira las migas.)* Por lo que veo tu ya has comido, ¿no, Pablos?

PABLOS.— Ya, y en abundancia, pero vamos.

(Lo toma del brazo.) ¿Te acuerdas Flechilla de aquella moza allá en Alcalá, gordilla, rubia, de ojos juguetones, zozocita por la que dabas la vida?

FLECHILLA.— ¡La Ginesa!

PABLOS.— ¡La misma! ¡Pues la vi hace poco y me preguntó por tí.

FLECHILLA.— ¿Cómo? ¿Por mí?

PABLOS.— Sí. Sé donde vive y si quieres...

FLECHILLA.— Claro, claro. Y dime.. cuéntame... Cómo podría... ¡Ginesa! Mi amada Ginesa. ¡Dime presto!

PABLOS.— Espera. Espera que lleguemos a casa de tu hermana, tengo tantas cosas que decirte de ella.

FLECHILLA.— Sí, sí, apresurémonos. Es aquí cerca. ¡Llegamos!

PABLOS.— *(A Cirilo.)* Espérame aquí.

(Golpean a una puerta y sale la hermana de Flechilla.)

FLECHILLA.— Este es Pablos, Ana, ¿te acuerdas? Estudiaba conmigo en Alcalá. Era el criado de Don Diego Coronel. ¿No te acuerdas?

ANA.— Pues... A decir verdad... No.

PABLOS.— Pero Doña Ana. Yo si me acuerdo de vos y de vuestra queridísima madre.

ANA.— Murió. Hace años.

PABLOS.— ¡Ah! qué gran pena. Te acuerdas Flechilla y era casi un hijo para ella.

ANA.— Había tantos. Pero seguid, seguid. *(Pasan. Hay una mesa con la comida servida. El marido de Ana ya está sentado.)* Pensando

que ya era tarde y tú no llegabas yo y mi marido empezamos. ¿El señor ya comió?

FLECHILLA.— Sí. Vino sólo a saludarnos, hermana, y a platicarme de algo de mi particular interés. ¿Verdad, Don Pablos?

PABLOS.— Cierto *(Ana entra con una fuente con un gran trozo de cerdo. Lo pone en la mesa y se dispone a cortarlo) (Pablos la interrumpe).* ¡Ah! ¡No! Eso no lo permito.

Ahora c
"Chef d
Marqués
de Doña
qués gu
comer (c
guro que
MARIDO.—
FLECHILL
Marqués
ANA.— M
Flechilla
a sano lo
FLECHILL
PABLOS.—
vio a la
guisó, ¿
ANA.— Esc
PABLOS.—
(prueba
guro qu
nas *(pru*
buena n
porción
ANA.— Si
nos alca
(El mari
FLECHILL
blos.) C
nesa, ¡m
PABLOS.—
sa?... B
bos.) ¡
pos que
(y toma
Permitid
gulle.)
FLECHILL
darme
¿Todav
PABLOS.—
nos más
FLECHILL
ser?
PABLOS.—
Pero si
ANA.— No
PABLOS.—
dar por
vasos y
(Beben

DIALOGO DEL REBUSQUE

Ahora deje v.m. que le quiero servir de "Chef de cuisine", que solía serlo para el Marqués de Bradoonte (*toma los cuchillos de Doña Ana y se dispone a cortar*); el marqués gustaba más de verme partir que de comer (*comienza a partir el cerdo*). Os aseguro que éste es un arte.

MAÑIDO.— ¿Dijo que era Chedequé?

FLECHILLA.— Algo así como secretario del Marqués.

ANA.— Muerto hace más de cinco años. (*A Flechilla.*) Me huele que no es precisamente a sano lo que destila este amigo tuyo.

FLECHILLA.— ¡Calla!

PABLOS.— Pero qué bien huele, sería un agravio a la guisandera si no lo probara, v.m. lo guisó, ¿verdad?

ANA.— Eso hice.

PABLOS.— ¡Pero qué maravilla! Permitidme (*prueba un bocado.*) ¡Magnífico! y os aseguro que he participado en excelentes cocinas (*prueba otro bocado y se sienta*). ¡Qué buena mano tiene! (*se sirve en un plato una porción y empieza a engullir rápidamente.*)

ANA.— Sirvámonos nosotros también o si no nos alcanza.

(*El marido mira embelesado a Pablos.*)

FLECHILLA.— (*Acerca su silla a la de Pablos.*) Cuéntame ahora acerca de Doña Ginesa, ¡muero por saber de ella!

PABLOS.— (*Con la boca llena.*) ¿Doña Ginesa?... Bueno. (*Se levanta y toma unos nabos.*) ¡Nabos! ¡Qué exquisitos! Hacía tiempos que no probaba un nabo tan sabroso (*y toma otro*). ¡Aja! y estos son tocinos. Permitidme, los pruebo (*toma dos y los engulle.*)

FLECHILLA.— Sí, de Doña Ginesa. Prometiste darme noticias de ella. ¿Sabes dónde vive? ¿Todavía en Alcalá?

PABLOS.— Aquí en Madrid. (*Toma dos tocinos más.*)

FLECHILLAS.— ¿Aquí en Madrid? ¿No puede ser?

PABLOS.— Sí vive en... (*Toma la jarra de vino.*) Pero si éste es el vino. ¿Y es de categoría?

ANA.— No. Del ordinario. Y yo no lo hice.

PABLOS.— Licenciado Flechillas vamos a brindar por el magnífico encuentro. (*Toma dos vasos y sirve.*) Por los recuerdos de Alcalá. (*Beben juntos.*) Por el Licenciado Cabra.

¿Te acuerdas de nuestro maestro?

FLECHILLAS.— ¡Claro! A mí casi me mata de hambre. Mis padres tuvieron que sacarme de ahí y lo hicieron a tiempo que si no, salgo después... pero muerto (*rien*).

PABLOS.— Por mi amo Don Diego Coronel. ¿Te acuerdas?

FLECHILLAS.— ¡Claro! Pero y ¿la Ginesa?

PABLOS.— ¿De manera que te acuerdas de mi amo Don Diego? ¡Salud! (*vuelve a brindar*)

¿y este es el queso?... Ahí quesillo, quesillo... Como dice el poeta:

"Dulcemente aprimiado
de rústica vaquera
blanca hermosa mano, cuyas venas
la distinguieron de la leche apenas".

FLECHILLAS.— Las dulces manos de Ginesa. Y dime... ¿de manera que vive aquí en Madrid?

PABLOS.— (*Con la boca llena de queso.*) ¿Quién?

FLECHILLA.— ¡Pues la Ginesa!

PABLOS.— Ah, sí claro...

FLECHILLAS.— Dime (*se acerca más a él.*)

PABLOS.— Te decía que el Licenciado Cabra casi nos mata de hambre, a mí y a mi amo. ¡Terminamos con los ojos tan hundidos en el cogote que tuvieron que llamar a unos exploradores para encontrarnos! (*Ríe y brinda.*) ¡Salud!

FLECHILLAS.— Eso ya lo se. Pero...

PABLOS.— (*Termina con el queso.*) Pero lo que no sabías era que luego nos separamos. Su padre no me veía con buenos ojos por el mal ejemplo que según él le daba a su hijo. Bien, fue mejor, porque él tomó su camino y yo el mío. Y te aseguro que no me ha pesado. ¡Por la libertad! (*Va a volver a servir y ve que el vino se acabó.*) Se acabó.

ANA.— Y a mí y a mi marido nada nos quedó.

PABLOS.— ¿Podéis traer más?

ANA.— No hay más.

FLECHILLAS.— Ahora sí, cuéntame. Ven acá junto a la ventana. ¿De manera que la Ginesa vive aquí en Madrid? La tengo más que en el alma, Pablillos, cuéntame, cuéntame.

PABLOS.— (*Se asoma a la ventana y hace como si su criado lo llamara.*) ¿Yo? ¿A mí? Ya bajo. Parece que me necesitan con urgencia. Tan pronto me desocupe vuelvo a hablarte de la mujer. Corro. (*Sale corriendo.*)

DIALOGO DEL REBUSQUE

FLECHILLAS.— Te aguardo.

ANA.— *(A Flechillas.)* ¡Imbécil! *(El marido se queda mirándola.)* ¡Y tú que miras, idiota! *(Saca la mesa con todo.)* *(Pablos llega junto a Cirilo.)*

PABLOS.— Llegué justo a la hora de mascar. Qué comilona. Hacía siglos que no comía, Cirilo. Ese es uno de los grandes placeres que se pierden en la otra vida. *(Ríe a carcajadas a Cirilo.)* Y vucé así, en su condición de diablo, ¿nunca come?

CIRILO.— Nosotros sí. Pero no para sustentarnos. Es decir, no viandas. Más bien se trata de un ejercicio... como llamarlo... espiritual. Nos comemos determinadas categorías de condenados que nos asignan según los reglamentos.

PABLOS.— ¿Y de eso recaban placer?
(Salen de pronto cuatro alguaciles con palos y repentinamente agarran a Pablos y Cirilo, éste se les escapa como por arte de magia. En cambio a Pablos le dan una tremenda paliza.)

ALGUACIL.— ¿Dónde demonios está el otro?
¡Se escapó! ¡Como por arte de magia!
Búscalo por allá y yo por allí.

ALGUACIL 2.— Sólo me quedó la capa en la mano. Juro que lo tenía en mis garras y bien apresado.

PABLOS.— *(Gritando.)* ¿Qué pasa? ¿Por qué me hacéis esto? Os aseguro que no soy el que buscáis.

ALGUACIL 1.— ¿Que no eres bellaco? ¿Así te atreves? ¡Toma! *(Le da otra paliza.)* Ya te teníamos fichado a ti y a toda la compañía. ¡Bellacos! ¡Truhanes! ¡Estafadores! *(A cada adjetivo le da un palazo.)* A todos los demás los sorprendimos en la guarida. Este era el único que nos faltaba. La vieja Labruscas los denunció a todos.

PABLOS.— ¿La madre Labruscas? ¿Qué le habéis hecho canallas?

ALGUACIL.— Casi nada. Con dos estirones en el potro empezó a cantar que ni en el coro de San Ignacio y como ya os teníamos detallados uno a uno de todas las estafas con que tenéis asolado Madrid, el resto fue fácil. A la cárcel con los demás. *(Lo sacan.)* *(Sale Cirilo de un escondite. Habla al público.)*

CIRILO.— Y así dio todo el Colegio Buscón con los huesos en la cárcel, a donde se vio en gran peligro la caballería. Yo, por ver como

seguía la historia, y un poco compadecido, no lo voy a negar del pellejo del pobre Pablillos a quien había tomado cierto cariño, acerqueme por los lados de la cárcel y viendome uno que parecía carcelero mayor le hablé. *(Pasa un hombre con manojos de llaves y bordón.)*

CIRILO.— ¡Eh! ¡Señor!

HOMBRE.— ¿Qué pasa?

CIRILO.— Señor, soy criado de un mi señor que han apresado hace dos días, por error, junto con otros caballeros acusados de un no se qué estafón.

HOMBRE.— ¡Ajá! y cómo es que no está este criado con el resto de la cofradía de la rapina. ¡Venga conmigo!

CIRILO.— Un momento v.m. *(Estira la mano y le coloca un doblón en la palma. El hombre mira a los lados y cierra la mano.)* Suplico a v.m. que se duela de mí y de mi pobre amo. *(El hombre mira de reojo la moneda y rápidamente la guarda.)*

HOMBRE.— Averiguaré la causa de tu amo. Claro que debo advertiros que el caso es grave. ¿Cómo se llama?

CIRILO.— Don Pablos.

HOMBRE.— ¡Ajá! ¿Y dices que fue un error?

CIRILO.— El nada tiene que ver con esos pícaros. Nosotros estábamos de paso y apenas los conocemos.

HOMBRE.— Habría primero que dar algo a Don Diego García, el alguacil, que importa amordazarle con algunos doblones.

CIRILO.— ¿Cuántos?

HOMBRE.— Dos. *(Cirilo se los entrega.)* Y de nada serviría si no le pasamos algo a ese bellaco del relator.

CIRILO.— ¿El relator? ¿Cuál relator?

HOMBRE.— Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, y dar una patada en el suelo destruye a cualquier cristiano. Doce reales.

CIRILO.— *(Le pasa la mosca.)* ¿Y así saldrá pronto?

HOMBRE.— Ahorre de pesadumbres... Ahora con 8 reales que se den al Alcaide desde hoy mismo se le quitan los grillos que ya para el pobre será un gran alivio. Eso es si v.m. lo desea. Porque para que salga nos va a tomar tres o cuatro días y el pobre con esos grillos...

DIALOGO DEL REBUSQUE

CIRILO.— ¿Ocho reales? Está bien. *(Saca las monedas y se las entrega.)*

HOMBRE.— Toda esa gente no hace virtud sino es por interés. *(Se va y se vuelve.)* ¡Ah! joven, haría falta un escudo para el carcelero.

CIRILO.— *(Hurgando en la bolsa.)* Es el último que me queda.

HOMBRE.— *(Le arregla la capa y la bufanda.)* Cúbrase mejor el joven, que con el frío que hace es fácil pescar un catarro.

CIRILO.— Gracias señor, ¿doy por contada la libertad de mi amo?

HOMBRE.— Eso veremos.

CANCION

PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO.

Madre, yo al oro me humillo;
él es mi amante y mi amado,
pues, de puro enamorado,
de continuo anda amarillo;
que pues, doblón o sencillo,
hace todo cuanto quiero
poderoso caballero
es don Dinero.

Nace en las Indias Honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España,
y es en Génova enterrado
y pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea fiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Es galán y es como un oro,
tiene quebrado el color,
persona de gran valor,
tan cristiano como moro.

Pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es don Dinero

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos,
en las casas de los viejos
gatos le guardan de cacos
y pues él rompe recatos

y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra
(¡Mirad si es harto sagaz!)
sus escudos en la paz
que rodela en la guerra.
Y pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero,
poderoso caballero
es Don Dinero.

QUEVEDO.— *(Aparece trastabillando y con el bastón en alto.)* ¡Alto! ¡Alto! ¡En este punto véome en la obligación de cortar este relato!

CIRILO.— ¿Pero qué pasa Señor, qué os incomoda?

QUEVEDO.— No puedo tolerar que se trastome de tal manera la historia que yo inventé. Ya había permitido, no de buen grado, que ese desgovernado del Pablos la narrase, pero que cambien de esta manera todos los incidentes, ¡no lo tolero! Y lo peor es que hasta mete versos de otros poetas que no son míos.

CIRILO.— ¿Pero que queréis señor?

QUEVEDO.— Que tú no intervengas. Aquí estas para evitar que ese bergante exagere, pero no para cambiarlo todo.

CIRILO.— ¡Desalmado poeta! ¿Qué pretendes? ¿Que a más de apalear al pobre Pablos por segunda vez en su vida lo maltraten y denigren como lo estan haciendo? ¿Acaso no sabe v.m. que esa cárcel es peor que un infierno, llena de criminales y depravados, putos y maricones, en donde mi Barrabás tendría seguro el trasero? ¡Mirad! *(Aparece el patio de la carcel. Un corrillo de presos tiene rodeado a Pablos. Lo empujan y escupen con grandes risotadas. Pablos trata de huir del cerco inútilmente.)*

QUEVEDO.— Lo sé. Y en la historia que yo escribí le salvo de tales males. Pero fue él, Pablos, él mismo, el que pagó con el dinero de su herencia su propio rescate. No como lo estáis haciendo vos, Señor diablo, con un dinero... que además... ¿de dónde lo habéis sacado?

CIRILO.— En la pendencia con los Alguaciles,

DIALOGO DEL REBUSQUE

- previendo que a Don Pablos se lo pudieran robar esos desvergonzados yo se lo quité sin que ni él ni los corchetes se dieran cuenta (*mira la bolsa*). Y aquí me parece que sobran algunos doblones.
- QUEVEDO.— ¡Pero así no fue! Así parece ayudado por un tercero, el destino o elementos que yo jamás concebí en mi obra.
- CIRILO.— ¿Pero entonces que es lo que pretendéis? ¿Que se joda?
- QUEVEDO.— ¡Sí! Pero que sobreviva. Porque si un pícaro ignorante consigue saltar por encima de su destino, gracias a su ingenio, quizá toda la sociedad española pueda llevar a cabo la misma hazaña.
- CIRILO.— ¿Y la llevó a cabo?
- QUEVEDO.— No. Pero hubiera podido. Con más ejemplos como éste, se hubiera dado.
- DIABLO M.— *Aparece del fondo.* ¡Otra vez se me escapa ese maldito poeta! ¡Señor Quevedo, regrese v.m. a sus cuarteles! Nada tiene que hacer aquí.
- QUEVEDO.— Lo que pasa señor, es que aquí me están destruyendo la obra.
- MAYOR.— ¿Es eso cierto Cirilo? ¿Están exagerando?
- CIRILO.— De ninguna manera. Sucede que el Señor Quevedo quisiera condenar a Pablillos en su segunda vida más de lo que fue en la primera, y más de lo que él mismo ha padecido en nuestra morada.
- QUEVEDO.— ¡Falso, falso! Quiero que le pase lo mismo que le pasó.
- MAYOR.— Cállese v.m. Señor Quevedo, que al repetir una vida ni siquiera nosotros podemos controlar los detalles. Hay cosillas que se escapan y otras que vienen de añadidura. Lo único que podemos garantizar son las líneas generales.
- QUEVEDO.— Pero si se rompen los detalles, se rompen asimismo los rasgos generales.
- MAYOR.— Basta de discusión señor Quevedo. Estas cosas para mí son un suplicio y vos sois el condenado, no yo. (*Grandes ruidos y gritos de revuelta en el infierno.*) Además debo regresar allá abajo rápidamente, que la revuelta de esos diablos me está trastornando el infierno. Numael me ha soliviantado a toda la diablamenta. Debo regresar rápido. Que siga la narración. ¿Dónde estábais?
- CIRILO.— Pablos en la cárcel.
- MAYOR.— ¿Y qué sigue señor Quevedo? (*Quevedo calla.*) ¡Rápido!
- QUEVEDO.— Bien, (*de mala gana*) Pablos sale de la cárcel. Sale solo. (*Mira a Cirilo.*) Y sin amigos. Todavía le quedan algunos doblones (*Cirilo mira la bolsa y saca tres*). Tres. Con ellos determina ir a una posada. Cómprase luego vestido al uso y lánzase a conseguir esposa, considerando el provecho que se le seguiría de casarse con la ostentación, a título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la Corte. Vémosle ahora en los jardines del Prado conversando animadamente con la madre y la tía de una moza rubia y blanca... (*El diablo saca a la fuerza a Quevedo.*) (*Aparece Don Pablos en los jardines del Prado con las dos damas. Al fondo juegan a la pelota Doña Aminta, su hermana Berenguela y dos caballeros.*)
- LA MADRE.— ¿Y vos caballero en qué os entretenéis en la corte?
- PABLOS.— ¡Ah! ¡Señoras! Huyo de mi padre y madre que desean casarme contra mi voluntad con una mujer fea, necia y mal nacida pero con mucha dote.
- TIA.— ¡Qué desventura!
- PABLOS.— Ciertamente, pues considero que es más honesto casarme con una mujer limpia y en cueros que con una judía poderosa, pues os aseguro que mi mayorazgo vale más de 4.000 ducados de renta, de manera que no necesito más que un sano amor en la vida.
- MADRE.— Cómo me caen de bien sus palabras caballero...
- PABLOS.— Don Felipe Tristán de Segovia a vuestro servicio.
- TIA.— Ah, Don Felipe, no vaya v.m. a casarse sino con una mujer de su casta.
- MADRE.— ¡Claro! No he querido casar a mi hija Aminta, con no ser yo muy rica, sino con alguien de calidad, y eso que le han salido ricos pretendientes. Ella pobre es, que no tiene sino 6.000 ducados de dote, pero no debe nada a nadie en la sangre.
- PABLOS.— Eso se ve. Y me parece muy bien. (*Las mozas y los caballeros se acercan.*)
- AMINTA.— Tía, mamá. Quisiéramos merendar algo.
- BERENGUELA.— Ya es más de medio día y estamos muy fatigadas.

DIALOGO DEL REBUSQUE

(Los caballeros se hacen los de la vista gorda.)

PABLOS.— Pues haberlo dicho antes señoritas. Salgo a ordenar que traigan algo. ¿Deseáis merendar aquí en el jardín?

TIA.— ¡Aminta! ¡Berenguela! Por favor, don Felipe, no os preocupéis de las niñas.

PABLOS.— Para mí es un placer, vuelvo al instante. *(Sale y habla en secreto a Cirilo.)*

AMINTA.— Ese Don Felipe me parece muy gentil a pesar de ser tan bajito y no sé... como tan mal vestido.

CABALLERO 1.— A mí francamente me parece un charlatán.

CABALLERO 2.— No es más que un tagarote escuderon de esos que tanto abundan en la corte.

MADRE.— Quién sabe caballeros... A pesar de su aspecto...

BERENGUELA.— ...que es para morir de risa...

MADRE.— ¡Calla Berenguela! Digo, que a pesar de su aspecto a mí me parece un caballero honesto y de buenas intenciones.

(Entra Cirilo embozado con un papel en la mano.)

CIRILO.— ¿Perdón señores. No anda por aquí Don Felipe Tristán Señor del Valcerado y Bellorete? Me dijeron que aquí podía encontrarlo.

BERENGUELA.— Por aquí andaba un caballero de ese nombre. Pequeño de cuerpo...

MADRE.— ¿Dijiste señor de qué?

CIRILO.— De Valcerado y Bellorete. Le traigo un mensaje del Conde de Solórzano que le busca para pagarle unas cobranzas. Y desea verlo enseguida para besarle las manos.

TIA.— No está, pero muy presto regresa, salió por allá.

CIRILO.— ¿Por allá? Corro a buscarlo. *(Sale.)*

MADRE.— ¿Qué os decía? Es un caballero y señor de renombre. *(A los caballeros.)* Sois unos desconfiados y envidiosos.

TIA.— Por todas partes veis buscavidas y tramposos.

AMINTA.— De Valcerado y Bellorete... ¿y eso dónde será?

BERENGUELA.— Debe ser una Insula cerca a la de Barataria.

(Entra Don Felipe con criados y lacayos. Llevan bandejas con pasteles y refrescos. Ponen las

bandejas en mesas y sirven los refrescos. Todos van alegremente a merendar.)

MADRE.— Señor de Valcerado y...

TIA.— Bellorete. ¿Y como teníais tan reservados esos títulos caballero?

AMINTA.— Vino un lacayo a buscaros. ¿No lo encontrásteis?

PABLOS.— ¿A buscarme? ¿De la parte de quién?

TIA.— De un tal Duque de Solórzano que os debe algún dinero.

PABLOS.— No, no lo vi. Pero ya sé de qué se trata. Es un asunto de nada. Unos dineros que le presté a un apuro y como el Duque es tan cumplido me busca. *(Entra un caballero, Don Diego Coronel, y abraza efusivamente a las niñas. Saluda a las viejas.)*

DON DIEGO.— ¡Primas! ¡Señoras, Tía! *(Las besa.)* Dijéronme que estábais aquí y vine corriendo a saludaros.

PABLOS.— *(Aparte.)* ¡Cáspita! ¿Ese es Don Diego Coronel, mi antiguo amo; si me reconoce estoy perdido. *(Se voltea y se agacha a comer pastelillos.)*

DON DIEGO.— *(Mira fijamente a Pablos y pregunta a las tías.)*

¿Y ése quién es?

MADRE.— Don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico.

DON DIEGO.— *(Se acerca a Pablos.)* V.M. me perdone, que hasta que no me dijeron su nombre le tenía por otra persona y bien diferente.

PABLOS.— *(Carraspea y cambia de voz.)* ¿Cómo decís?... ¿Por otra persona?... ¿Y quién sería?... *(Se acercan las niñas y los caballeros.)*

DON DIEGO.— No he visto cosa tan parecida a un criado que yo tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.

PABLOS.— *(Ríe forzadamente.)* Pablillos... ¿qué cómico, eh? Sí... me gustaría conocerlo, porque me han dicho muchos lo parecidísimo que le soy... y a fe que ya me ha traído varios percances bien desagradables *(ríe)*.

DON DIEGO.— ¿Cómo parecidísimo? ¡Igual! el talle, el habla, los meneos... ¡No he visto tal cosa en la vida! ¡Estoy admirado!

MADRE.— Pero cómo se os ocurre sobrino. Le

DIALOGO DEL REBUSQUE

- faltáis al respeto. ¿Cómo es posible que un caballero tan principal se parezca a un pillo de tan baja condición?
- TIA.— Es el señor de Valcerado y Bellorete. ¡Don Diego!
- DON DIEGO.— Perdón, señor, del agravio que os pueda haber hecho. Pero no creará v.m., su madre era hechicera, su padre ladrón y su tío era verdugo. Y él, el más ruín hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.
- PABLOS.— ¿Ah, sí? ¿Y decís que era vuestro cirado?
- DON DIEGO.— En mala hora lo fue... y cuando lo encuentre...
- AMINTA.— Acaben lo de ese pícaro y vamos a jugar. Venga v.m. Don Felipe y juguemos a la bola. *(Van a jugar a primer plano. El resto se queda comiendo pastelillos en el fondo. Don Diego no deja de mirar intrigado a Pablos.)*
- PABLOS.— *(Le bota la bola a Ana.)* Señora... Doña Aminta...
- AMINTA.— Diga v.m....
- PABLOS.— He sido...
- AMINTA.— ¿Cómo?
- PABLOS.— Digo... que he sido.
- AMINTA.— ¿Qué cosa?
- PABLOS.— Flechado.
- AMINTA.— ¿Herido, señor? *(Suelta la bola.)*
- PABLOS.— No... *(Se señala el corazón.)* Flechado de...
- AMINTA.— ¿De qué?
- PABLOS.— De amor.
- AMINTA.— *(Ríe.)* ¡Ah! ¡Comprendo!
- PABLOS.— ¡Gracias a Dios!
- AMINTA.— *(Se pone seria.)* ¿Pero de quién?
- PABLOS.— Señora... de vos.
- AMINTA.— *Se sorprende y vuelve a soltar la bola.)* ¿De mí?
- PABLOS.— ¿De quién, sino?
- AMINTA.— ¿Tan rápido?
- PABLOS.— Así es el amor. Fulminante.
- AMINTA.— ¿Qué palabras usáis! *(Ríe.)*
- PABLOS.— Señora...
- AMINTA.— ¿Qué?
- PABLOS.— Esta noche...
- AMINTA.— ¿Qué pasará?
- PABLOS.— Deseo veros... Hablaros... Declararos mis... Mis intenciones de...
- AMINTA.— ¿Hay señor me asustáis!
- PABLOS.— ...Mis intenciones de casarme.
- AMINTA.— ¿Con quién? ...¿Conmigo?
- PABLOS.— Claro.
- AMINTA.— Pero si apenas me conocéis...
- PABLOS.— Lo suficiente para saber que os pertenezco eternamente.
- AMINTA.— Sois muy... impulsivo.
- PABLOS.— Sincero. ¿Entonces?
- AMINTA.— ¿Qué?
- PABLOS.— Esta noche...
- AMINTA.— ¿Dónde?
- PABLOS.— Bajo vuestra ventana.
- AMINTA.— Pero Don Felipe...
- PABLOS.— Doña Aminta... os suplico... de lo contrario haré una locura...
- AMINTA.— Está bien *(corre junto a su madre y su tía. Les dice algo al oído.)*
(Cirilo se acerca a Pablos.)
- PABLOS.— Esta inocente se le escapó a Herodes en un descuido. Pero es bella y estoy seguro que me aceptará en matrimonio. Las viejas ya están convencidas con lo del señor Valcerado y Bellarote. Hay que obrar rápido, porque me da la impresión que Don Diego sospecha algo y procurará impedir el matrimonio.
- CIRILO.— ¿Sospecha? Yo creo, Pablos, que está seguro.
- PABLOS.— Por eso mismo la acción debe precipitarse. ¿Tú tocas la Vihuela?
- CIRILO.— No, la guitarra.
- PABLOS.— Mejor. Vamos *(salen)*.
(Las señoras, las niñas y los caballeros salen por el fondo. Don Diego avanza a primer plano.)
- DON DIEGO.— Imposible que sea tan parecido y no sea. Ese pícaro desvergonzado de Pablos debe estar haciéndose pasar por gran caballero para pescarse la dote de mi prima Aminta. Si la sospecha que tengo resulta verdad he de molerle a palos. Es preciso castigarlo por sus ridículas pretensiones de cambiar de condición, y que recuerde con sangre de dónde viene. Bien *(empieza a caminar por la escena)*. Casi seguro como estaba del fraude fuime a inquirir por todo Madrid y la suerte hizo que me topase con el tal Licenciado Flechillas. *(Aparece Flechillas.)*
- FLECHILLAS.— Señor Don Diego Coronel. Beso a v.m. las manos.
- DON DIEGO.— ¿Flechillas, sabe v.m. algo de

DIALOGO DEL REBUSQUE

un criado que tuve en Segovia llamado Pablos?

FLECHILLAS.— ¡Claro! Ya estaba por preguntaros sobre él. ¡Gorronazo, buscavidas! Hace algunos días estuvo en casa de mi hermana, se almorzó toda la comida, me prometió volver enseguida a darme un mensaje de importancia y ésta es la hora en que todavía le estoy esperando.

DON DIEGO.— ¿De manera que está aquí en Madrid?

FLECHILLAS.— ¡Qué si qué! Cuéntanme que lo han visto a caballo, muy bien puesto y que dice que se casa riquísimamente.

DON DIEGO.— ¡Mire el todotrapos! ¡Canalla! Gracias Flechillas. Vamos a enseñarle como las cosas se dividen en propias y ajenas. *(Salen.)*

(De noche la ventana de la habitación de Doña Aminta. Entra sigilosamente Pablos seguido de Cirilo que lleva una guitarra.)

PABLOS.— ¡Listo!

CIRILO.— Listo.

(Cirilo empieza a tocar la guitarra Pablos recita o canta.)

CANCION

¡Ay! Aminta, soñé que te... ¿direlo?
Sí, pues que necio fue: que te gozabas
¿Y quién sino un amante que soñaba
juntara tanto infierno a tanto cielo?
Mis llamas con tus nieves y con tu hielo
cual suele opuestas flechas de su aljaba
mezclaba amor, y honesto las mezclaba,
con mi adoración en su desvelo.

Y dije: "Quiera Amor, quiera mi suerte,
que nunca duerma yo, si estoy despierto,
y que si duermo, que jamás despierte".

Mas desperté del dulce desconcierto:
y vi que estuve vivo con la muerte,
y vi que con la vida estaba muerto.

(Doña Aminta se ha asomado a la ventana.)

PABLOS.— Doña Aminta. ¡Señora!

AMINTA.— Don Felipe... ¿son vuestros los versos que cantábais?

PABLOS.— ¿Cómo? ¿Míos?... Bueno casi... Son de mi... padre que era poeta.

AMINTA.— Y vos... también sois poeta.

PABLOS.— Señora, hoy en día todos somos poetas, unos por necesidad, otros como yo por enamorados.

AMINTA.— ¿Sois muy enamorado?

PABLOS.— Sólo de vos señora. Y dejádmme subir a vuestro balcón para probároslo...

AMINTA.— ¿Hasta acá Don Felipe? Mirad que esto es muy alto. ¿Osaréis subir tanto?

PABLOS.— Para un corazón arrebatado no hay peligro. *(Empieza a trepar.)*

AMINTA.— ¡Tened cuidado!

(De pronto se abre una ventana junto a la de Doña Ana, salé un hombre con un garrote y asesta tremendo palazo a Pablos. Cae a tierra y se lastima un pie.)

PABLOS.— ¡Ay de mí! ¡Socorro, auxilio!

(Doña Aminta mira abajo, ríe y cierra fuertemente la ventana.) (Otros dos hombres aparecen a los lados de Pablos armados de palos. Cirilo se escapa veloz. Los hombres le dan garrotazos a Pablos en las piernas primero y luego en la espalda y cabeza.)

HOMBRE 1.— ¡Toma! ¡Toma! ¡Rufián de embelecós, mazacote, chirle!

HOMBRE 2.— Hi de puta. ¡Maladado! ¡Toma! ¡Toma!

(Uno de los hombres saca una navaja y le da un trasquilón de oreja a oreja. Pablos da un tremendo alarido. Los hombres salen precipitadamente. Dos figuras aparecen en la sombra. Son Don Diego y Flechillas.)

DON DIEGO.— Así pagan los pícaros embustidores y malnacidos.

(Salen.)

CANCION

LA POBREZA

Pues amarga la verdad,
quiero echarla de la boca
y si al alma su hiel toca,
esconderla es necesidad.
Sébase, pues libertad
ha engendrado en mi pereza
la pobreza.

¿Quién hace al tuerto galán
y prudente al sin consejo?

¿Quién al avariento viejo
le sirve de río Jordán?

¿Quién hace de piedras pan,
sin ser el Dios Verdadero?

El dinero.

DIALOGO DEL REBUSQUE

¿Quién con su fiereza espanta
el cetro y corona al rey?
¿Quién careciendo de ley
merece nombre de santa?
¿Quién con humildad levanta
a los cielos la cabeza?
La pobreza.

¿Quién los jueces con pasión,
sin ser unguento, hace humanos,
pues untándolos las manos
los ablanda el corazón?
¿Quién gasta su opilación
con oro y no con acero?
El dinero.

¿Quién procura que se aleje
del suelo la gloria vana?
¿Quién, siendo toda cristiana,
tiene la cara de hereje?
¿Quién hace que al hombre aqueje
el desprecio y la tristeza?
La pobreza.

¿Quién la montaña derriba
al valle, la hermosa al feo?
¿Quién podrá cuanto el deseo,
aunque imposible, conciba?
¿Y quién lo de abajo arriba
vuelve en el mundo ligero?
El dinero.

VIII

*(Durante la canción Cirilo recoge a Pablos.
Le vanda la cara y le entablilla las piernas.)*

CIRILO.— ¿No te parece que ya es hora de regresar? Mira cómo te volvieron. Casi te matan, Pablillos, y te juro que hubiera sido un tremendo problema para nosotros allá en el infierno.

PABLOS.— *(Se queja. Casi agonizando.)* ¡Ah. Hi de puta! ¡Traidores!

CIRILO.— Te han partido la cara en dos mitades. Y las piernas... no te dejaron hueso sano. Yo creo que esto ya hay que pararlo. Regresamos.

PABLOS.— ¡No! ¡No! Cirilo, continuamos.

CIRILO.— ¡Pero que te pasa, cabrón! ¡No te entiendo! Si esto está peor que el infierno.

¿Te apalean, te cortan, te azotan, te desfiguran y todavía quieres seguir viviendo? Volvamos allá Pablillos que allí, sufres, claro, pero los tormentos son en el alma y aquí son derecho en el cuerpo.

PABLOS.— ...Tienes razón... pero... lo que pasa es... No sé como explicártelo... ¡yo quiero seguir!

CIRILO.— ¡Desventurado! Masoquista es lo que eres. Tú ya sabes lo que te va a pasar. Es la segunda vez que vives este infierno, y sin embargo ¿deseas continuar? Volvamos, paremos esto *(va a llamar)*. Señor Diablo May...

PABLOS.— *(Se arrastra y lo detiene agarrándose a sus piernas.)* No... por favor... ¡No! Cirilo, te ruego que continuemos.

CIRILO.— ¿Pero por qué?

PABLOS.— Mira... yo... espera... bien... la primera vez que viví... mi vida... que no era propiamente la mía... ¿te das cuenta? Porque me la dio el señor Quevedo... todo en mí, era una sorpresa. Era mi vida... y... ¿te das cuenta Cirilo? No la entendía... No, que ese fuera mi propósito... pero casi a pesar de mí... me preguntaba; ¿por qué? ¿Por qué?... Y ahora al repetirla siento... que es más mía... y...

CIRILO.— ¿Y la entiendes desgraciado? ¿Entiendes por qué alguien tiene derecho de apalearte, de pisotearte, de hundirte, de martarte y tú no tienes derecho de levantar cabeza, y por el contrario cada vez que lo intentas alguien te la baja más? ¿Entiendes eso de que tú tienes que respetar lo que es propio y lo que es ajeno porque estás abajo, pero los que están bien arriba no lo hacen y sin embargo no sufren el castigo que merecen? ¿Entiendes?

PABLOS.— No... es decir... todavía no lo entiendo bien. Pero... creo... creo... que podré... Por eso te suplico que me dejes continuar *(Cirilo duda)* Cirilo, viejo... la vida es algo que merece ser vivida, porque es el único lugar donde podemos aprender. *(Señala hacia el infierno.)* Allá no. Mucho debemos a la vida, a la muerte nada. ¿Comprendes?

CIRILO.— Ahora soy yo el que no comprendo. Pero está bien. Todo esto lo hacía por ti. Porque me... te lo confieso... sí... me duele verte sufrir. Pero si tú lo deseas, allá tú.

Conten
pasó de
PABLOS.—
tido, c
bueno
que die
jubonaz
mendad
grandes
(se va
pone la
bronce
rosario
sesenta
Y lleva
una bo
muletat
(Sale a
Pasan gen
Anduv
esta fo
de ple
pedir a
siervo
que me
de trab
ba cor
tianos
cesa co
Dios d
timado
poco c
añadía
guada.
los mi
cido,
que as
gran e
un pla
especi
mujer
Dios e
anima
dado:
cualqu
Así, a
de un
(Apar
Pablos se
Una
recom

DIALOGO DEL REBUSQUE

Contento tú. Contentos todos. Sigue. ¿Qué pasó después?

PABLOS.— Bien... Determiné vender mi vestido, cuellos y jubones que era todo muy bueno y lo único que tenía y compré con lo que dieron un colete de cordobán viejo y un jubonazo de estopa, mi gabán de pobre remendado y largo, mis polainas y zapatos grandes y mi capilla de gabán en la cabeza *(se va quitando toda su indumentaria y se pone la de limosnero.)* ¡Ah! Un cristo de bronce que traía colgado en el cuello y un rosario. Y metime de limosnero. Cosí los sesenta reales que me sobraron en el jubón. Y llevaba metidas entre ambas piernas en una bolsa de cuero bien liadas, y mis dos muletas.

(Sale al centro del escenario. Una calle. Pasan gentes a las cuales les pide limosna.)

Anduve ocho días por las calles, aullando en esta forma, con voz dolorida y realzamiento de plegarias: *(Levanta la voz y empieza a pedir casi cantando.)* “Dadle, buen cristiano, siervo del señor al pobre lisiado y llagado que me veo y me deseo”. Esto decía los días de trabajo, pero los días de fiesta comenzaba con diferente voz y decía: “¡Fieles cristianos y devotos del Señor! Por tan alta princesa como la Reina de los Angeles, Madre de Dios dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor”. Y paraba un poco que es de grande importancia, y luego añadía: “Un aire corrupto en hora menaguada, trabajando en una mina, quebróme los miembros, y así me encuentro todo torcido, no como vosotros sanos y buenos y que así os conserve el Señor”. Esto era de gran efecto y así llovían los octavos que era un placer. *(La gente le da limosna.)* Me fui especializando en el oficio y si pasaba una mujer decía: “¡Ah! señora hermosa, sea Dios en su ánima”. Y como decirles eso las animaba soltaban la mosca. Si pasaba un soldado: “¡Ah! señor capitán”. Y si un hombre cualquiera y vulgar: “¡Ah! señor caballero”. Así, adulando a la gente, me vi en menos de un mes con más de 200 reales ahorrados. *(Aparece una cama a un lado del escenario, Pablos se acuesta en ella.)*

Una mañana encontrábame muy atareado recontando lo ganado con tanta maña,

cuando entró la dueña del albergue donde yo vivía... *(Guarda rápidamente el dinero.)*

LA GUIA.— *(Entra una mujer muy zalamera y alcahueta.)* ¡Ah! mi amigo Pablillos, más me duele de verte que de pensar en tu futuro. De tales polvos, tales lodos, de tales bodas, tales tortas. Yo no entiendo ni sé tu manera de vivir. Pero nunca un consejo cae mal. Mira: Mózo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos al hoyo. Me han dicho que desperdicias hacienda y vida sin saber cómo, y que te han visto aquí, ya de estudiante, ya de pícaro, ya de caballero y ahora bien lisiado y de limosnero. Y todo por las malas compañías, Pablillos. Dime con quién andas y te diré quién eres, cada oveja con su pareja, sábetete hijo, que de la mano a la boca se pierde la sopa.

PABLOS.— Razón y más tienes madre, pero no se puede andar solo en la vida.

LA GUIA.— Anda bobillo, que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú quien es la más indicada en esta tierra. *(Ríe.)*

PABLOS.— No era inquietud por lo que piensas, sino por la mosca.

LA GUIA.— Yo te juro que te hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado a mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis difuntos abuelos que si no fuera por un apremio que ahora tengo no te cobrara con urgencia lo de la posada.

PABLOS.— Si, aquí la tengo. Precisamente... *(Saca la bolsa debajo de las cobijas y empieza a contar muy cuidadosamente el dinero.)* Son...

LA GUIA.— Dos escudos y medio señor.

PABLOS.— *(Los va sacando muy cuidadosamente.)* Uno, dos... y... *(en ese momento aparecen haciendo gran ruido los agentes de la inquisición.)*

AGENTES.— En nombre de la Santa Inquisición. ¡Abrid! ¡Abrid! *(Tumban puertas y entran.)*

ALGUACIL.— ¡Dónde está la bruja y alcahueta de la Guía!

(La descubre sentada en la cama de Pablos y a éste como paralizado con el dinero en la mano.)

¡Allí está! ¡En puro pecado! ¡A ella! ¡Y ése es su amante amancebado!

DIALOGO DEL REBUSQUE

(Se precipitan sobre ella y Pablos. Este trata de guardar sus dineros pero en un santiamén se los vuelan. Trata de meterse debajo de la cama pero lo sacan como rata a palazos.)

ALGUACIL.— ¡Venimos a prenderte por amancebada, vieja bruja, y te encontramos en plena vergüenza con tu mantenido! ¡Vamos! *(Mientras la amarran.)*

AGENTES.— ¡Qué bien te verás con la mitra madre!

— ¡Ya te han escogido plumas los señores alcaides para que te veas bizarra!

— Ahora sí vas a volar, de veras, vieja lechuza.

— *(A Pablos.)* Y a ti te vendrá bien un apretón de garganta, pícaro.

— Querías volar sobre la vieja y ahora volarás sobre el mundo.

PABLOS.— ¡Falso! ¡Falso! ¡Ay de mí! ¡Yo no soy ningún amante de la Guía. ¡Lo juro! Sólo le pagaba el alquiler de su cuarto.

CIRILO.— *(Aparece en su defensa.)* Señor Alguacil el joven no tiene nada que ver con la bruja. *(En ese momento sale un hombre en camisión corriendo.)* ¡Ese sí es su amigo, allá va huyendo!

ALGUACIL.— ¡A él! ¡A él! ¡Suelten a ese desgraciado! *(Salen detrás del mísero camisión. Se llevan a la guía que grita y patalea y dejan solo a Pablos.)*

PABLOS.— *(Empieza a llorar.)* — ¡Ay de mí! Cuando pensaba.

CIRILO.— ¡Alto! ¡Ya lo sabías!

PABLOS.— Que se llevaban a la Guía, sí, y que me pegaban también, pero no que se robaban mi dinero. ¡Eso es nuevo! ¡Ay de mí! *(Cae al suelo y se lamenta en silencio. Lentamente extiende la mano y queda en actitud de limosnero.)*

(Cruza un hombre mal encarado y jayán. Reconoce a Pablos.)

MATORRAL.— Pero, ¿cómo? ¿No es éste Pablos, mi amigo? ¡Vive Dios!

PABLOS.— ¿Y no es éste Mata, condiscípulo mío de Alcalá?

MATORRAL.— El mismo. *(En secreto.)* Pero ahora me llamo Matorral, que Mata es nombre de poco ruido y aquí para vivir hay que hacerlo y bastante.

PABLOS.— ¡Matorral mi amigo! *(Se abrazan.)*

MATORRAL.— ¿Pero qué desventura te suce-

de? ¿Cómo has llegado a esto? ¡Casi no te reconozco! ¿Qué te ha pasado Pablillos?

PABLOS.— ¡Qué no me ha pasado! ¡Las mil y una desgracias! Pero ya voy mejorando.

MATORRAL.— ¿Llamas a esto de ser limosnero ir mejorando? Veo que necesitas mi ayuda. Vente conmigo. ¿Y qué te pasó en la cara?

PABLOS.— Fui acuchillado por unos miserables traidores.

MATORRAL.— Eso no está mal, que no hay tal maestro que el buen acuchillado. Aquí me tienes vucé a mí como ejemplo de maestros. *(Le muestra la cara y luego el pecho lleno de cuchilladas.)* ¿Viene conmigo?

PABLOS.— En este oficio me va bien. Es tranquilo y no se arriesga nada.

MATORRAL.— Pero es oficio de maricones. Venga conmigo y le enseñó la vida de los buenos hijos de Sevilla. Yo le tomo por mi cuenta. *(Lo levanta del suelo.)* Si quiere ser respetado por valiente aunque sea gallina, hable duro, agobie la espalda, zambas las piernas y no se levante de la cama sin un buen tufo de trago puro. *(Pablos camina y se mueve como le indica matorrales.)* Y para que no le tomen por maricón, baje ese cuello y la capa caída que siempre nosotros andamos de capa caída; el hocico de tornillo, gestos a un lado y otro, hable poco que ya no tienen por valientes sino a los que callan. Sea cuerdo en las pendencias y loco en los banquetes y haga vucé de las g, h y de las h, g. Diga conmigo; gerida, mogino, jumo, paheria, mohas, habali y harro de vino.

(Pablos repite la retahila de matorrales.)

MATORRALES.— Venga se toma un trago conmigo. Aquí llegamos a la taberna del Moro. Verá como conmigo sale de cuitas y de esa vida de tan poco lustre que lleva.

(Entran a la taberna llena de truhanes y mujeres. Los hombres reciben a matorrales con grandes abrazos.)

HOMBRE.— *(Señalando con el hocico a Pablos.)* ¿Y ése?

MATORRALES.— Un amigo.

HOMBRES.— ¡Entonces, salud! *(Brindan con grandes jarros de vino.)*

MATORRALES.— *(A Pablos.)* ¡Bebe, Pablos, esta media jarra de vino que si vucé no da tufo no parecerá valiente!

(Los hombres rician a las mujeres)

HOMBRE.—

¡Vosotras!

fridoras del

nas del sex

del daca y

cual dicho

cotorreras,

(Se abraza

mujer se acerc

GRAJALES.—

tado?

PABLOS.— M

GRAJALES.—

malos pen

PABLOS.—

GRAJALES.—

bobo! *(R*

PABLOS.—

GRAJALES.—

HOMBRE.—

la salud d

OTRO.— ¡A

OTRO.— *(T*

nos.) ¡P

vucedes

la muert

TODOS.—

za! ¡Ve

PABLOS.—

so Alva

muerte.

GRAJALE

gados,

terror d

las her

(Entra

hace silen

MATORR

saca la

los qu

(Se ar

ñales y j

tos y bo

en cuan

confusió

los corc

duce un

res sale

silencio,

DIALOGO DEL REBUSQUE

(Los hombres beben, gritan, comen, y acarician a las mujeres.)

HOMBRE.— *(Se para encima de una mesa.)*

¡Vosotras las busconas, damas de alquiler, sufridoras del deleite, mujeres al trote, recatonas del sexto, jornaleras de cópulas, ninfas del daga y toma, vínculos de la lujuria, lo cual dicho en castellano quiere decir putas y cotorreras, vosotras, a mis brazos!

(Se abraza y besa con las mujeres.) (Una mujer se acerca a Pablos.)

GRAJALES.— ¿Y vucé qué hace tan apartado?

PABLOS.— Miro.

GRAJALES.— De mirar no va a sacar sino malos pensamientos. *(Ríe.)*

PABLOS.— ¿Y no son ellos disfrute?

GRAJALES.— ¡Disfrute de solo, disfrute de bobo! *(Ríe.)*

PABLOS.— ¿Cómo se llama?

GRAJALES.— Me llaman La Grajales.

HOMBRE.— *(Un hombre se para y brinda.)* ¡A la salud de Alonso Alvarez el Tuerto!

OTRO.— ¡Al malogrado Tuerto, salud!

OTRO.— *(Toma un redondo pan en sus manos.)* ¡Por éste que es la cara de Dios, que si vucedes quieren esta noche hemos de vengar la muerte del hermano!

TODOS.— ¡Salud al Tuerto! *(Beben.)* ¡Venganza! ¡Venganza!

PABLOS.— *(A la Grajales.)* Y quién es ese Alonso Alvarez, que tanto se ha sentido su muerte.

GRAJALES.— ¡Ah, mancebito! Lidiador de hígados, mozo de manos, buen compañero, terror de la justicia y adoración de nosotras, las hermanitas del pecado.

(Entra un alguacil con varios corchetes. Se hace silencio.)

MATORRALES.— *(Se levanta muy borracho y saca la espada.)* ¿Qué esperamos? ¡Esos son los que despacharon al Tuerto ¡Venganza!

(Se arma una batalla campal de espadas puñales y jarros, ruedan por el suelo mesas, asientos y borrachos. Las mujeres chillan y de vez en cuando dan un jarrazo a un corchete. La confusión es general cuando de pronto uno de los corchetes del alguacil cae muerto. Se produce un silencio. El alguacil y los demás corchetes salen huyendo. Los hombres quedan en silencio, miran el muerto y cada uno escapa

veloz por donde mejor le conviene.)

GRAJALES.— *(A Pablos.)* ¡Venga conmigo! ¡Huyamos rápido antes de que regrese la justicia con más corchetes!

PABLOS.— *(Se vuelve al público.)* Y huí con ella...

CIRILO.— Y entendió.

PABLOS.— No del todo... Pero como vi que ese negocio duraba mucho y más la justicia en perseguirme, determiné, como obstinado pecador, consultándolo primero con la Grajales, pasarme a las Indias con ella, a ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte.

CIRILO.— ¿Y le fue mejor?

PABLOS.— Fuéme peor allá, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y de costumbres.

CIRILO.— ¿Y eso es cierto?

(Pablos calla.)

IX

(Se oye una gran bataola en el fondo. Entran los diablos amotinados. Vienen capitaneados por uno llamado Numael. Dan gritos y vivas a la revuelta.)

CIRILO.— ¿Qué pasa? ¿Eres tú Numael?

PABLOS.— ¿Qué demonios es esto? ¿Dónde está el Mayor?

NUMAEL.— Hemos triunfado, Cirilo. El mayor está en los profundos encadenado y bien al seguro. Venimos por ti.

CIRILO.— ¿Cómo así? ¿No quiso aceptar los puntos que se pedían?

NUMAEL.— No, los rechazó todos, ahora seremos nosotros los encargados de cumplirlos.

CIRILO.— Pero si eran muy sencillos y justos.

NUMAEL.— Pero significaban con el tiempo el fin de su poderío.

PABLOS.— ¿Y qué puntos son esos?

NUMAEL.— Primero: Control y planificación en la entrada de condenados. Que sólo entren los peces gordos, los jueces vendidos, los ministros, los malos gobernantes, los ricos bergantés, perversos y tacaños y no tanto pobre diablo, mísero y sin fortuna con los que nos tenía inundados. Segundo: Que como somos los mismos desde que caímos de la gracia y ya estamos cansados y más que cansados de desempeñar estos fatigosos

DIALOGO DEL REBUSQUE

cargos, y nunca se nos permite reproducirnos, vamos a multiplicarnos, para lo cual nos proveeremos de los órganos necesarios y lo haremos con las miles de taimadas, hipócritas, virgolocos, moscamuertas, gachalavistas, y yonolofuices, que andan inútiles en los infiernos. Y tercero: Que como con el tiempo quedaremos sin oficio, porque como se sabe los hombres allá en la tierra están acabando con lo que ahora es nuestro alimento, o sea los viles y prepotentes gobernantes, chapuceros y chupalasangres, y en un siglo ya no quedará ni uno sólo para contar el cuento, se previene desde ahora, que como no podemos volver a la vida, volvamos al teatro, que es espacio entre la vida y la muerte, donde podremos representar y donde se sabe que muchos de nosotros tienen gran afición y destreza. Allí pues estaremos, divirtiéndolo y divirtiéndonos per secula seculorum. Eso es todo.

QUEVEDO.— *(Que sale del fondo trastabillando.)* ¡Alto! ¿Y en todo este revoltillo a mí que me corresponde?

NUMAEL.— Le haremos una nueva sentencia.

DIABLOS.— Que le condene El Tuerto.

NUMAEL.— Bien, El Tuerto, el más viejo de nosotros hará la sentencia. Silencio.

TUERTO.— Hermano Quevedo; y te llamo así no por lo del alma sino por lo del ojo; diríase que no mereces castigo como el que sufres por las obras pícaras, zazocitas y desvergonzadas que escribiste, pero tu pecado no está en las diabluras que hiciste, sino en el haberte arrepentido de haberlas hecho.

QUEVEDO.— Pero si antes estaba condenado por lo contrario. ¿Cómo se puede pretender que del mal se aprenda?

NUMAEL.— Porque todo esto lo hemos cambiado. Este, ahora, es el infierno enmendado.

TUERTO.— De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende y el mal se pega, de la misma manera que un enfermo pega el mal a 20 sanos y en cambio jamás se vio que mil sanos pegaran salud a un enfermo.

NUMAEL.— Aparte filosofía señor Tuerto y dicte sentencia.

TUERTO.— Bien. Que sus obras, panfletos, premáticas, sátiras, cantos, entremeses, etc. se editen en ediciones baratas, ojalá en esas que

pululan ahora que llaman descuadernadas, para que todo el vulgo las lea y las goce y él por el contrario las sufra.

QUEVEDO.— ¡Maldito sea y sobre maldito!

TUERTO.— Y que siga aquí con nosotros hasta que regresemos al teatro que por ese tiempo espero que se haya arrepentido de su arrepentimiento.

NUMAEL.— Que se cumpla. ¡Regresemos!

PABLOS.— ¿Y yo?

NUMAEL.— Decide tú sobre él, Cirilo.

CIRILO.— Pido señores diablos que si se puede, regrese a la vida, ya que tanto le gusta como se vio en lo que estaba representando.

NUMAEL.— ¡Cómo semejante imbecilidad!

¡Jamás oí tal estupidez! ¡Con la gentecilla que hay en la tierra y las costumbres!

¿Quién quiere volver a regresar? ¿Volver a vivir la vida? ¡Con lo que nosotros los diablos la conocemos! ¿Acaso no la viviste, y dos veces Pablos? ¿Y qué viste? Para ser rico has de ser ladrón, si quieres ser honrado adulador y mentiroso; si valiente has de ser borracho y blasfemo; si pobre, nadie te conocerá y, si rico, no conocerás a nadie. ¿Hay alguien que quiera volver a nacer por donde vino y recular hasta el vientre de la madre?

PABLOS.— Señores, yo quiero volver no por tomar a la vida, que es bien sufrida, sino por saber, y perdonad mi obstinación, cuál es su razón y porqué.

CIRILO.— Eso yo pido; parece que los hombres, sobre todo en este siglo han adelantado en eso con la ayuda de unos y de los otros. Que vuelva a la vida, que conviva con los hombres de hoy en día, por ver si le encuentra sentido y que después como todos muera.

NUMAEL.— *(A todos los diablos.)* ¿Concedido?

TODOS.— Concedido.

NUMAEL.— Dada sentencia. ¡Qué se cumpla!

(A los diablos.) Nosotros regresamos. *(Todos salen. A Pablos.)* Te dejamos ahí. Pablos. Vive tu vida, enséñala y aprende de las vidas de otros que si lo logras, podremos decir que tal vez es medicina el veneno. *(Sale.)*

(Pablos se vuelve al público y abre los brazos.)

FIN